



**¿Y si  
PROBAMOS...?**

TIERRA SALVAJE  
BOOKS

@Tierra Salvaje

Primera edición: febrero de 2020

### **Copyright**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

¿Qué cómo habíamos llegado hasta esto? La respuesta no es fácil. Sí, a los dos nos gustaba. Y que también mi novio hizo lo que nunca pensé que haría para lograrlo. Puede que todo empezara con una broma para excitarnos. Pero sin querer o sin ser conscientes, llegó un punto en que alcanzamos el de no retorno, y nuestra vida cambió por completo. Por eso, si nos detenemos a reflexionar en el porqué de ese giro tan radical que nuestras existencias tomaron, la respuesta no es nada fácil. Lo sencillo es jugar y cruzar esa línea imaginaria de lo indebido y experimentar con esas nuevas sensaciones encontradas. Vivir y disfrutar esas nuevas experiencias es bonito, y si el adjetivo no es bonito, al menos, sí lo es tentador. El peligro de acercarse al umbral de lo tolerado, sin traspasar el límite de lo por ambos aceptado, se va haciendo difícil. Son líneas difusas, sin contornos fijos, mutantes y diferentes para cada uno.

Pero aún queda lo más arriesgado, lo verdaderamente complicado es la continuación. Si has conseguido llegar hasta aquí lo peligroso viene después, a la hora de establecer una serie de reglas para los dos y para la relación que surja después de jugar con ese fuego tan tentador.

Desde que fuimos novios, nos habíamos dado cuenta de que a ambos nos iba el rollo de fantasear con hacerlo con alguien diferente. Nos excitaba, la verdad. A mí, imaginarme con otro mientras mi novio sabía que lo estaba engañando de forma consentida. A él, según me decía, esa mezcla de celos y de excitación le atraía enormemente. Pero la verdad, nunca nos lo habíamos planteado dar el paso para hacerlo realidad en serio.

Hay que reconocer que a ambos nos gusta el sexo. A mí, particularmente, me encanta tener un punto perverso y malvado. Soy morbosa y me complace utilizar el principio de la excitación de mi novio para conseguir un mejor disfrute en la cama.

Nico, mi chico, es un hombre excelente. Es cierto que siempre había provocado esa duda, esa incitación a mantener una especie de relación abierta, pero nunca me dio la sensación de que fuese en serio. No sé, si quizás lo hubiésemos planteado como una experiencia puntual, es posible. Bueno, no. Yo sí soy algo celosa y no sé si podría saber que mi novio está con otra, pero él sí se construía fantasías de verme a mí con un tercero.

Tras seis meses de salir y algo más de uno viviendo juntos, nada hacía suponer que aquello trastocara nuestras vidas de esa forma, ni que diéramos ningún paso más allá de fantasear con algo morboso, pero únicamente imaginado.

Hasta que ese jueves, dejaron de ser meras fantasías y dimos el primer paso...

Justo una semana antes, también jueves, estábamos cenando en casa. Vivimos en un dúplex de la zona de Pozuelo. Es más bien un piso pequeño, pero que, al ser ático, tiene un dormitorio más en la terraza que se abre solo para nosotros. Mi novio es arquitecto y los honorarios de aquella dirección de obra fueron esa vivienda. Al principio pensamos en venderla, pero como le iba bien y no le faltaban obras, terminamos por vivir en ella y sacar unas rentas de otros dos pisos más pequeños, por la misma zona, que negoció como parte de sus emolumentos. Era una forma de asegurarnos unas rentas por los alquileres en vista de las crisis que se nos avecinaban cada dos por tres.

Yo trabajaba en una agencia de publicidad como responsable de cuentas. Me iba bien, con un sueldo del que no me quejaba y aunque a veces las horas echadas en la oficina eran excesivas, me compensaba con una cierta libertad en el trabajo.

—Ayer en la agencia nos entró una cuenta nueva —dije como comentario al final de la cena.

—Pues bien, ¿no?

—De *scorts* —añadí con una risita.  
—¿Se anuncian esas chicas? ¿Es legal?  
—En teoría con acompañantes... No es prostitución —le aclaré.  
—Y dónde sacáis los anuncios, ¿en el Marca? —rio con cierta sorna Nico.  
—En internet. Nos han encargado una campaña digital. Yo no la llevo, pero como te puedes imaginar hay ya alguna foto que corre entre la agencia.  
—¿Están buenas?  
—Son *scorts* masculinos —le dije con un guiño de ojo.  
—¿Son tíos? Joder... —Mi novio puso cara de sorpresa.  
—Sí... actores, modelos, gente de gimnasios...  
—¿Y tienen que ir con tías que los paguen?  
—Supongo que ni el gimnasio, ni el arte dramático ni ser modelo del Alcampo o del Carrefour, da para mucho... —me encogí de hombros.  
—¿Y están buenos?  
—La verdad es que alguno sí lo está —contesté como la cosa más normal del mundo—. Muy de gimnasio... Al menos eso parece en las fotos que han enviado para colocarlas en la web.  
—Ah, que puedes elegir...  
—Hombre, no va a ser una lotería... Claro que puedes elegir. De hecho, la *web* se basa en comentarios de gente, calificaciones, te puedes registrar y todo eso... La verdad es que está muy bien.  
—¿Y dejas tus datos reales?  
—No lo sé. Eso es cosa de los informáticos. Pero como en todo, supongo que te puedes inscribir con un mail cualquiera y una contraseña. Sale hasta la tarifa de cada uno por hora.  
—No me lo creo...  
—A ver... son horas en teoría de acompañamiento. Viajes, congresos, fines de semana...  
—¿Polvo aparte?  
—Qué tonto eres, de verdad —sonreí—. Las tarifas son de acompañamiento. Las de... lo otro, ni idea.  
—¿Cuánto valen?  
—Yo no llevo la cuenta... —protesté ante la insistencia de Nico—. No sé mucho más de lo que estoy diciendo. Lo que pasa es que es la comidilla de la agencia... Ya sabes. Las tres o cuatro secretarías divorciadas y con ganas de marcha que lo han ido comentando por ahí.  
—¿Pero ¿cuánto? Eso seguro que lo habéis mirado... Menudas sois cuando estáis en grupo.  
Yo me reí. Sí, en efecto, era de lo primero que habíamos ido a cotillear. La directora creativa, una chalada muy simpática con el pelo de color rojo, gafas de pasta de diferentes colores chillones y habladora por los codos, había sido la primera.  
—Entre 70 y 140 euros. Depende de cada uno.  
—¿Ves como lo sabías? Te pillé...  
—Pues igual que hubierais hecho vosotros. ¿O no?  
Pero, recapacitando sobre el tema, creo que hay que descartar que fuera ese momento donde empezó todo. Sería mucho más apropiado decir que en esa conversación, mientras cenábamos una ensalada, hablábamos de *descortsmasculinos* buenorros y de las secretarías calenturientas de mi agencia, se complicó todo.  
Llevábamos juntos algo más de dos años, en total. Yo tenía treinta y uno; y Nico, tres más. Buena posición social, amistades y educación del tipo convencional, o lo que se entiende por ello.

También disfrutábamos de una buena relación sexual. Ambos somos activos y no rehuimos la cama cuando al otro le apetecía. Vamos, que a mí nunca me duele la cabeza ni tengo jaquecas estúpidas. Y mi novio, menos aún.

Y como he dicho antes, nos encanta el morbo y excitarnos mutuamente.

—¿Te imaginas que me acostara con uno de ellos...? —le dije sonriendo mientras nos servíamos el té de después de la cena. La conversación me había despertado las ganas, estaba cachondilla, y además sabía que a Nico le ponía muy a tono aquello. Casi siempre utilizábamos esa fantasía de imaginarnos esos cuernos consentidos. Él más que yo, pero a mí también me iba.

—¿Quieres jugar esta noche? —me dijo cogiéndome de la cintura y tocándome el culo, mientras me susurraba al oído.

—Sí... —le dije con un tono casi distraído, apurando el té, pero con intención de calentarlo. A él, no al té—. Lo malo es que tendré que conformarme contigo...

No tardamos mucho en subir al dormitorio y empezar a besarnos y tocarnos. Como ya he dicho, los dos somos calientes y nos gustaba el sexo. Éramos jóvenes, no teníamos hijos ni por el momento esperábamos tenerlos, así que disponíamos de todo el tiempo y la libertad del mundo para follar. En diez minutos estábamos en ello. Los dos somos atrevidos, como antes he dicho, pero, ahora me doy cuenta de que nos faltaba mucho por saber. Y hacer.

Yo estoy bastante bien. Modestia aparte. De estudiante, y para ganarme algún dinero extra, trabajé como azafata de congresos y exposiciones e incluso hice un par de pinitos en la tele, en un programa concurso de esos fáciles para marujas y jubilados del mediodía. Pero, finalmente, me dediqué a mi carrera y terminé ADE. Eso sí, me operé las tetas, porque se me quedó grabada la frase de uno de aquellos productores que no me escogieron para la televisión, cuando dijo que «estaba más plana que un parking». Y sí, nunca tuve demasiado pecho, más bien poco, por lo que en cuanto gané algo de dinero, me puse prótesis de 300cc, que me quedan divinas, no voy a negarlo. A Nico le encantó la idea y disfruta con ellas como un niño pequeño con un juguete nuevo.

Ya habíamos terminado de follar, yo dejando que su imaginación volara mientras Nico me recreaba en su mente en brazos de uno de esos *escorts* masculinos, follando como una verdadera golfa de primera. Pero al terminar, y a diferencia de otras ocasiones, se me quedó mirando más fijo que de costumbre y con un rictus de verdadero y curioso interés.

—¿Serías capaz?

—¿Capaz de qué? —No entendí a qué se refería al principio.

—De acostarte con uno de esos *escorts*... —me dijo Nico con el gesto algo serio, pero aparentemente, con verdadera intriga.

Arrugué el entrecejo intentando adivinar qué se proponía. No recordaba ninguna conversación después de que folláramos, en donde insistiera de nuevo con esa idea. Siempre se esfumaba cuando dábamos por terminada la sesión amorosa.

—¿Cómo me voy a tirar a uno de esos? ¿Estás loco? —le dije riéndome y asombrada por el gesto casi apremiante de mi chico.

—¿Dime, serías capaz? —insistió sin que me pareciera que esta vez iba como en otras ocasiones, en broma para despertar nuestros instintos sexuales.

Me quedé mirándole sorprendida y con dudas durante un instante. Me parecía algo extraño, pero Nico era muy bueno fingiendo y poniendo cara de póker. De hecho, me decía que a sus amigos solía ganarles en las timbas que organizaban porque disimulaba muy bien los faroles. Al principio dudé si lo que quería era continuar con una segunda follada. A mí no me costaba casi

nada estar a punto de nuevo, tengo esa suerte, pero él, generalmente, necesita una hora o así para reponerse. Descarga mucho semen, además, y siempre he pensado que eso hace que le sea más complicado estar dispuesto de nuevo. Sonreí con picardía y le toqué la entrepierna. La tenía morcillona, con lo que deduje que sí, que seguía jugando.

—Follar con un tipo de esos —hice como si pensara—... Mmm... si está bueno, claro que sí.

—¿Te acostarías de verdad con uno de ellos? —insistió otra vez elevando esta vez un poco las cejas y apretando ligeramente las mandíbulas.

—Sí —dije algo más seria para parecer convincente—, ¿por qué no? —Yo seguía tocándolo y notaba como se iba empalmando poco a poco—. Sería solo sexo... —añadí como si aquello no tuviera la más mínima importancia.

Se quedó pensativo mientras se dejaba hacer. Yo me acerqué a él, saqué su polla del pantalón y se la lamí lenta y suavemente. Nos habíamos puesto ya el pijama después del polvo anterior, pero yo estaba de nuevo dispuesta a desnudarme otra vez.

—¿A ti te gustaría? —le pregunté mientras continuaba con el leve lameteo de su pene.

No me contestó, por lo que me volví hacia él esperando la respuesta. Estaba pensativo, un poco absorto, pero cuando mi cara se quedó a escasos centímetros de la suya, esperando que empezara a besarme y continuar con sexo aquella noche, volvió a insistir.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, me lo tiraría —asentí con la cabeza. Luego le besé con un ligero piquito e hice nuevamente como si mi respuesta fuera la más lógica y normal del mundo.

—Buf... —exclamó, mientras se despojaba ya por completo de los pantalones del pijama y yo sentía su pene totalmente erecto en mi mano derecha.

Nos besamos, y de inmediato me agaché a chupársela.

—Te estoy imaginando con uno de esos... —me dijo en mitad de la mamada.

—Uhu... —asentí con mi boca llena y redoblando el trabajo de mi lengua en su glande.

Él, mientras —me había despojado a su vez de mi pantalón del pijama—, me estimulaba el clítoris con lentitud, pero conociendo a la perfección mis reacciones. Empecé a gemir y a vislumbrar que en no mucho tiempo, me correría con sus dedos.

—¿Te gustaría que fuera guapo? ¿Alto? ¿Atlético? ¿Musculado?

—Uhu... —afirmé mientras seguía chupándosela.

—Y con una polla enorme...

—Uhu... —volví a asentir, aunque esta vez lo miré a los ojos mientras continuaba con más de la mitad de su pene introducido en mi boca. Estaba excitado con la idea, no me cabía ninguna duda. Y yo, la verdad es que también me estaba animando solo con imaginarme con un chulazo de esos encima de mí metiéndomela.

—Voy a correrme... —me avisó.

Me saqué la polla de la boca, retiré la cara y un segundo después surgió un pequeño misil de semen que aterrizó en su estómago y mi mano derecha.

—Me has puesto a cien... —me dijo—. Joder, cómo me gusta la idea de que te folles a otro.

—A mí también —le dije como si nada, mientras me colocaba para que siguiera estimulándome el clítoris y me despojaba de la parte de arriba del pijama, que tiré con cierta fuerza fuera de la cama—. Haz que me corra, cari —le susurré en ese momento bastante cachonda

—Solo si me dices que quieres follar con uno de ellos.

—Quiero follar con uno de esos... —respondí inmediatamente, cerrando los ojos y sintiendo sus dedos en mi vulva, acariciando y presionando el botón de mi clítoris.

—¿De verdad? —Nico insistía mientras aceleraba el movimiento—. Mírame al decirlo

—Sí... quiero follarme a uno de esos —contesté de nuevo con mis ojos clavados en él, mientras sentía que la oleada de placer se acercaba sin remedio.

—¿Bien follada?

—Muy bien follada... —mi voz se roncaba cuando se acercaba el orgasmo.

—¿Me lo dices en serio?

—¡Sí! —exclamé— ¡Me quiero follar a uno de esos! —dije ya en un tono de voz algo más elevado y totalmente entregada a las pequeñas convulsiones del orgasmo que mi chico me había procurado con sus dedos.

Nos quedamos ambos exhaustos y tumbados en la cama desnudos. Ya no indagó nada más sobre aquellos *scorts*, y tan solo, al cabo de unos minutos me miró, me dio un beso, me atrajo hacia él, y preguntó:

—¿Cómo se llama esa empresa?

Le dije el nombre.

—¿Y cuándo empieza a funcionar?

—Ya está funcionando. Quieren que les mejoremos el tráfico de visitas y se consiga más fidelidad —le dije sin la más mínima intención.

—Te quiero mucho —comentó, besándome de nuevo en la mejilla. Luego se volvió y empezó a dormirse a los pocos minutos.

No le di mayor importancia y también me dormí poco después.

—Hola cielo —le dije al ver que era él. Me gustaba que me llamara al trabajo.

—Hoy salías pronto, ¿no? —me preguntó.

—Sí, en cuanto pueda me voy. Aquí está el ambiente raro y no quiero que me cuelguen ningún trabajo de más.

—Vente ya...

—Como si fuera tan fácil. ¿Qué pasa?

—Es una sorpresa...

—¿Una sorpresa? —indagué. Me encantaba que mi novio me sorprendiera.

—Una sorpresa que espero que te guste. Y que te ponga cachonda —añadió casi de corrido.

—¿Cachonda? —le dije bajando el tono de voz y acercándome al auricular.

—Espero que sí...

—Sabes que cuando haces esto me pones a tope, ¿no?

—Eso pretendo.

—Dime algo...

—No... solo que espero que te guste.

—¿Qué estás tramando?

—Tiene que ver con follar...

—Me gusta la idea... —le dije de nuevo bajando la voz y volviéndome para que mis compañeros no me escucharan.

—Con follar... Posiblemente, y si tú quieres, mucho.

—Eres bobo... Pero me estás poniendo a cien.

—Me gusta...

—¿Cuándo vamos a follar? —susurré muy bajito.

—Tú ven cuanto antes. —Me dijo tras unos segundos en silencio—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Apreté el icono para cortar la conversación. Respiré hondo y miré el reloj. Eran todavía las seis menos cuarto. Algo pronto para largarme sin más, pero me apetecía mucho llegar a casa y follar con mi chico esa tarde. Me retoqué un poco el pelo y me abaniqué con disimulo moviendo una carpeta con varios folios en su interior.

A la mierda, me dije. Hay muchas tardes que me quedo hasta las nueve de la noche para hacer el trabajo de otros que se piran en cuanto pueden. Me voy. Y sin decir nada a nadie, para no llamar la atención, cogí mi bolso, la chaqueta y salí camino del aparcamiento a por mi coche.

Tardé una media hora en llegar a mi casa. Cuanto más tráfico veía, más me calentaba pensando en Nico esperándome para follar. Me había puesto muy cachonda y tenía verdaderas ganas de entrar en casa. De hecho, estaba pensando en alguna maldad añadida a nuestras fantasías, pero no lograba dar con una verdaderamente audaz y atrevida.

Llegué a casa, aparqué el coche en una de nuestras dos plazas y subí todo lo rápido que pude por el ascensor. Abrí la puerta.

—Ya estoy en casa... —dije con una voz entre cantarina y pícaro.

—Estoy en nuestro dormitorio, sube.

Dejé el bolso de cualquier manera en una silla del salón y subí las escaleras desabotonándome la blusa. A la entrada del dormitorio me quité los zapatos y entré descalza, con la blusa abierta y sofocada del calentón que me invadía.

Me quedé extrañada. Allí estaba Nico, de pie, delante de varios modelitos estirados en nuestra cama. Él, sonreía divertido al verme.

—Hola preciosa. —Se acercó y me besó en la boca.

—¿Qué es esto? —señalé a los tres vestidos extendidos.

Eran de verano. Uno estampado de flores, muy veraniego, otro negro más de fiesta y el tercero de color blanco tirando a hueso y que dejaba los hombros al descubierto.

—Son para ti. Como no sabía cuál era el que más te gustaría, he pedido todos. Se pueden devolver, pero me ha costado mucho elegir, con lo que, si fallo en los tres, me daré cuenta de que no sé comprarte nada.

Noté a Nico nervioso. Hablaba algo más rápido de lo habitual y gesticulaba de forma un tanto extraña.

—¿Has bebido?

—No, no... De verdad —sonrió con ese punto de nerviosismo—. Es que no sé si he acertado.

Miré los vestidos. Cogí el negro. Era muy típico, un básico de punto, de fiesta y ajustado, con mangas tres cuartos, sin apenas adornos ni nada más allá que un pequeño detalle a la altura del canalillo, en un escote tipo barco. En la espalda, los tirantes se cruzaban y dejaban mucho a la vista, pero no era feo, aunque no me imaginaba la ocasión para ponérmelo. Desde luego, en una cena familiar, no. Y para trabajar, tampoco. La talla era la correcta y tan solo le vi un poco largos los tirantes de los hombros, pero eso se podía arreglar. Con un buen taconazo, algún broche o un collar llamativo, era ponible en alguna fiesta de nochevieja, pensé para mí.

El de color hueso me gustó menos. Era muy normalito, con los hombros al aire, escote recto, falda corta y con un ligero vuelo. Ajustado en el vientre y con mangas largas y acampanadas al final. Tenía un ajustador de borlas en el pecho para adecuar la presión a las tetas. El color, además, no me favorecía. Lo deseché de inmediato.

El tercero, el estampado, me gustó mucho, la verdad. Era veraniego, ligero, floral de varios colores, algunos muy vivos. Ajustado como los otros dos y también tenía manga ligeramente acampanada. La verdad es que me pareció bonito, que pegaba con mi estilo, pero algo llamativo y



solo ponible si estás muy morena, me dije. También dejaba mucha espalda al aire, tanto que sería casi imposible llevar sujetador. Tenía un buen escote en V que dejaría ver los laterales de los pechos sin demasiado problema. Quizá para una discoteca en verano en la playa, me dije. Pero bastante atrevido, sin duda.

Miré a Nico extrañada.

—¿Qué hago con ellos?

—Ya que estás casi desvestida, ponte el que más te guste. El resto, los guardas y decides qué hacer con ellos luego. —Se miró el reloj—. Tienes unos veinte minutos. No más.

—¿Veinte minutos para qué?

—Para empezar a follar si quieres, preciosa. Te espero abajo.

Y me dejó en el dormitorio, saliendo él. Escuché cómo bajaba los escalones de la casa y se iba al salón. Bueno, me dije, habrá que ponerse algo para luego desvestirme. Querrá hacerlo allí. Por mí, sin problema. Terminé de quitarme la blusa y el pantalón que había llevado ese día al trabajo. Yo vestía moderna, incluso una pizca atrevida, pero sin pasarme. Y menos en el trabajo, que, aunque era una agencia de publicidad, los que trabajaban, no se distinguían por su extrema elegancia; la mitad de los creativos nuevos parecían más bien una mezcla entre Kurt Cobain y Che Guevara. Otros, los más típicos, y que eran la generalidad, vestían normal y corriente, con pocos alardes y concesiones a la galería, y luego estaban los elegantemente gays, pero con ese toque exagerado, habitual en ellos. Con lo que, a pesar de considerarme como una chica con buen gusto, ese día no pasaba de una blusa una chaqueta ajustada a la cintura y un pantalón. El de hoy, vaquero entallado, tobillero y con los consabidos rotos que estaban a la moda.

Me decidí por el vestido estampado y floral. Era muy ligero, de *Zara*. Me sonaba que estaba a la venta en su web, pero hacía dos o tres días que no entraba, debido a la carga de trabajo que últimamente teníamos, por lo que no estaba totalmente segura.

Una vez elegido lo que me iba a poner, me desvestí por completo, me duché en apenas tres minutos, sin mojarme el pelo y acuciada por las prisas de mi novio. Me sequé y me puse el vestido delante del enorme espejo que tenía al lado de mi armario. En efecto, no permitía llevar sujetador, pero no me importó, a fin de cuentas, íbamos a follar, con lo que, de llevarlo, me lo quitaría enseguida. Me cuidé de no rasgar ni dañar la etiqueta por si lo devolvía a los días siguientes. Un polvo es un polvo, pero este vestido, pues sinceramente, pensé, salvo en una fiesta en Marbella, Saint-Tropez, Ibiza o en un crucero en Cerdeña, pues no me lo veía puesto.

Me observé en el espejo. Me sentaba bien. Yo usaba una 36, medía uno sesenta y ocho, y tenía el vientre plano y firme. Bueno, y un buen culo, también, que cuando llevo un vaquero o un pantalón ceñido, los hombres se vuelven a mirarlo. Me costaba mis buenas horas de gimnasio y de cuidarme comiendo siempre con atención. Me giré para verme la espalda y me pasé las manos por las caderas. Todavía me faltaba algo de color. Estábamos a principio de junio y no había tenido tiempo aún de tomar un poco el sol. Solo un par de sesiones de rayos uva me daban un ligero moreno.

Miré el reloj. Me quedaban apenas diez minutos de los que me había dicho Nico. No es que me preocupara llegar algún minuto más tarde. Casi mejor, sonreí con malicia. Pero en mi contra, jugaba que yo tenía también muchas ganas de follar, con lo que no me interesaba demorarme más allá de lo que me había dicho.

Busqué un collar y una pulsera. El collar no podía ser muy llamativo porque ya tenía suficientemente con el vestido y el escote que dejaba ver las redondeces de mis tetas y el canalillo.

Afortunadamente, el vestido se ajustaba abrochándose cruzando uno de los laterales con lo que era fácil de poner. Hacía un efecto de asimetría en el largo, tanto de frente como por detrás. Me llegaba a la mitad del muslo, y aunque lo estiré un poco, no pasaba de allí. Atrevido, corroboré para mí, pero sentaba bien. Decidí que no me pondría collar. Ya llamaba suficientemente la atención en esa parte. Busqué una pulsera y unas sandalias de tacón bastante alto. Le pegaban al vestido, sin duda. Lo malo era que solo las tenía negras o de color maquillaje. Y ninguno eran los que mejor le iban. Me decidí por los negros que, a fin de cuentas, van con todo.

No me retoqué los ojos, ni la ligera sombra que llevaba. Los tengo castaños claros, del color de la miel, más o menos y en verano, será por el sol, me salen algunos reflejos y detalles ligeramente verdosos. Me gustan, y sé que son bonitos.

Bajé la escalera atusándome el pelo. Me lo acababa de cortar en una media melena *midi*, con alguna ondulación, que me caía hasta un poco por debajo de mis hombros. Fue una idea de mi peluquero, un gay de los más afeminado que he visto, pero hablador y cotilla como la peor de las marujas. Muy simpático y gracioso si no eres su enemigo ni blanco de sus críticas. Yo soy castaña oscura, pero en verano me suelo aclarar un poco el pelo, aunque bastante lejos de parecer rubia.

El sonido de los tacones me anunció cuando bajaba las escaleras. Mi novio estaba de pie, en medio el salón, y seguía con esa mirada un tanto nerviosa y extraña.

—Estás magnífica —se acercó y me dio un ligero piquito en los labios.

—¿Se puede saber de qué va esto? ¿Me tengo que poner un vestido nuevo para follar? ¿No sería más fácil irnos a la cama como siempre? —le dije divertida y con un claro aspaviento de sorpresa.

—Deja que te vea.

Me cogió una mano y me hizo girar por completo dando una vuelta sobre mí misma.

—Espectacular... Tengo una novia que es un bellezón.

—Bueno, dime, que me tienes a cien... ¿De qué se trata? —le dije acercándome a él hasta que mis tetas lo rozaron.

Tragó saliva. Estaba nervioso de verdad y yo no entendía qué se proponía.

—A ver cómo te lo explico —se detuvo un instante, para después de carrerilla, soltármelo—. Va a venir un tío. Un *scort* parecido a esos que lleváis en la cuenta de la agencia.

—¿Cómo? —le dije con los ojos abiertos como balones de playa.

—Escucha... —me hizo un gesto con las manos—... El otro día me dijiste que querías... follar —bajó la voz un poco al pronunciar la palabra— con uno de ellos...

—Pero estábamos con nuestro juego... —protesté—. No hablaba en serio, cielo.

—Calma... espera que termine. Él va a venir, esta ya contratado, con lo que no hay remedio ni vuelta atrás. Tienes dos horas y puedes hacer lo que tú quieras. Si no te apetece, pues nada. Charláis un rato, se toma una copa y punto. Y si quieres... —hizo un gesto de entrega.

—¿Cómo que si quiero...? ¿No estarás diciendo que...?

—Exactamente. Me refiero a que te lo folles si quieres o te apetece. Tú eliges. No hay problema por mi parte. Ni reproches, ni molestia. Es una experiencia que a los dos nos pone y he decidido que lo pruebes si lo deseas. No te enfades conmigo, preciosa. Está en tus manos. Tanto si decides que sí, como si decides que no. Yo asumo ambas cosas.

—Pero esto es una locura... Yo venía a follar contigo.

—Ya... Y si quieres follarás con él. Y conmigo luego, si te apetece. O a la vez, o como tú lo plantees.

—Escucha, Nico... no quiero estar con nadie más que contigo. Lo del otro día, como todas las

otras veces, es un juego, una fantasía que nos pone, nos gusta y nada más. No significa que me quiera tirar al alguien, de verdad —intentaba explicarle que aquello que me proponía, o mejor dicho me ofrecía, era una completa estupidez—. No voy a hacer nada con él. Ya puedes decirle que se vaya.

Se miró el reloj e hizo un gesto de impotencia.

—No puedo. Ya es imposible. Te dije veinte minutos...

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—¿No será él? —pregunté asustada

Mi novio movió la cabeza afirmativamente, cogió su americana y se fue a abrir.

—Nico, para por favor, que esto me empieza a poner nerviosa...

Pero él siguió hasta la puerta. La abrió y escuché que saludaba a alguien.

—Hola Jorge. Pasa.

—¿Qué tal Nico?

«¿Se conocían?» Mi asombro era gigantesco.

—Bien, ¿y tú?

—También. Un poco complicado llegar aquí. El navegador se ha liado con un par de rotondas.

—Sí, no es fácil. El camino hasta el salón es bastante menos complicado.

Ambos rieron. Yo no salía de mi asombro, pero estaba paralizada. Me daba mucha vergüenza salir. Incluso, por un momento, pensé que era un actor y que todo era una broma para ponernos cachondos, y que finalmente no llegaríamos a nada más que a reírnos y yo a darle una sonora colleja por hacérmelo pasar así de mal.

La puerta se cerró y escuché pasos. Pero ya ninguna voz. Yo estaba allí, en medio de nuestro salón y con el corazón a mil. Por un lado, cachonda y dispuesta a follar con mi novio, que para eso había salido pronto del trabajo. Por otra, Nico, me ofrecía un gigolo durante dos horas para hacer lo que yo quisiera, sin ningún tipo de consecuencia.

De pronto vi a un hombre de alrededor de uno ochenta en la entrada de mi salón. Muy guapo, ancho de espaldas, rubio de ojos azules, piel morena, sonrisa franca y vestido con vaqueros de verano, zapatillas de moda, americana ligera de color azul prusia y una camiseta blanca. Una ligera barba rubia de dos días le perfilaba el mentón y ensombrecía ligeramente las mejillas.

—¿Mamen? Hola, soy Jorge —Y se acercó a mi dándome dos besos a los que respondí como una verdadera autómatas—. Eres muy guapa, sinceramente. Mucho.

—¿Nico?

—Se ha ido. Me ha dicho que estará disponible en el móvil y por aquí cerca. Pero ya no está aquí.

Me fui hacia la puerta pensando aún que era una broma que ya empezaba a ser un poco exagerada. Pero era verdad, no estaba. Fui a por mi móvil que lo había dejado en el bolso aún tirado la silla del salón, y tecleé en el Whatsapp.

Mamen

«Nico, ¿dónde estás?»

No tardó en contestarme, y vi durante varios segundos el rotulo de «escribiendo» debajo de su nombre.

Nico

«En la cafetería de abajo.

Tranquila.

Jorge es un tipo genial.

Te lo aseguro.

Me he informado bien.

Disfruta, preciosa.

Un besazo»

Era todo cierto. Jorge estaba allí para follar conmigo y mi chico, en la cafetería de abajo, donde de vez en cuando desayunábamos, tan tranquilo y campante. Yo, alucinaba.

—Mira... —gesticulé con las manos intentando explicarle al tal Jorge que aquello no tenía sentido—, mi chico se ha vuelto completamente loco, y sinceramente...

—Tranquilízate —me cortó con suavidad—. No va a pasar nada que tú no quieras. Si lo prefieres charlamos, nos tomamos una coca cola o una cerveza y ya está. Relájate, que ni soy Jack el Destripador ni un obseso sexual. Soy, Jorge, un amigo de Nico.

—¿Amigo?

—Bueno, no amigo en términos estrictos. Pero nos hemos visto ya varias ocasiones para hablar de ti. Un conocido. Vamos a dejarlo así. —Y me sonrió dejando que se viera una dentadura blanca y perfecta. Sin duda, podría ser un buen modelo de anuncio de dentífrico como los que alguna vez habíamos hecho en la agencia.

De pronto me acordé de que Nico había estado el fin de semana más liado que de costumbre y, de hecho, me dijo el sábado que no podía comer conmigo, porque tenía un cliente de fuera de Madrid.

—¿Os habéis visto...? Pero esto es increíble. —Me estaba volviendo loca.

—Sí. El sábado comimos, el domingo y el martes quedamos a tomar una cerveza y ayer otra vez para... hablar de ti —me enumeró con tranquilidad.

Parpadeé incrédula por lo que estaba oyendo. No daba crédito y no era posible que mi novio, por muy atrevido y cachondo que le pudiera la idea de verme con otro, fuera capaz de, no solo contratar a un scort para mí, sino de haber quedado con él para ajustar los términos, o qué se yo.

—¿Y de qué hablasteis?

—¿Podemos sentarnos en el sofá? Aquí de pie, en medio del salón, no es muy cómodo. Te responderé a todo lo que quieras, ¿de acuerdo?

—Sí, claro... ¿quieres tomar algo? —Yo misma me sorprendí de ofrecerle una bebida a Jorge, pero su apariencia, además de estar muy bueno y tener unas espaldas como un armario, era tranquilizadora.

—Una Coca Cola Light o Zero... No tomo alcohol. Bueno, algo de vino sí. o una caña de vez en cuando.

«Pues yo me voy a tomar un copazo», me dije a mi misma aún ensimismada.

Jorge se quitó la americana y la dejó cuidadosamente doblada en el respaldo de una de las sillas cercanas a donde estaba mi bolso. Tenía unos brazos torneados, fuertes, de gimnasio y deporte. El pecho parecí estar bien formado, con pectorales que se adivinaban fantásticamente esculpidos. La camiseta, a diferencia de algunos de esos hormonados que solo van al gimnasio para lucirse, no le quedaba apretada.

—Me llamo Jorge —empezó a decirme mientras yo cerraba la puerta del frigorífico y cogía lo necesario para lo que íbamos a tomar—. Soy licenciado en Educación Física. Iba para profesor y entrenador, pero tuve una lesión en los ligamentos de la pierna derecha y el brazo izquierdo.

—Tengo Zero... —Le alargué el vaso de su bebida con hielo—. ¿Qué te pasó? —Él había estado de pie esperándome a que le trajera su refresco y mi gintonic, que me lo puse cargadito. Se sentó en cuanto yo lo hice primero.

Crucé las piernas, pero apenas desvió hacia ellas un escaso segundo, volviendo de inmediato su vista a mis ojos.

—Estaba entrenando en montaña para hacer una prueba de ultra resistencia, me distraje y me caí, con tan mala suerte que resbalé y me precipité unos tres o cuatro metros por un terraplén. Me rompí los ligamentos de la pierna derecha y los del codo izquierdo. Y la clavícula.

—Vaya, lo siento. —Hice una pausa—. Escucha, Jorge... Yo soy fiel a mi novio, no pretendo otra cosa que divertirme con él, pero esto...

—No te preocupes. No haremos nada. Pero el tiempo está pagado. Queda —se miró el reloj—, hora y cuarenta y cinco minutos. Nos tomamos esto, charlamos un rato y me voy si no te gusta. ¿Te parece?

Asentí. Por fin algo de cordura. Me había sentado en el mismo sofá que él, pero dejando medio metro de distancia. Él me miró.

—No es que no me gustes... Tú mismo sabes que eres muy guapo, pero...

—Tú decides cuándo lo dejemos. Charlamos un poco y ya está —bebió de su Coca Cola Zero—. Tu chico no mentía —dijo cambiando de conversación.

—¿En qué?

—En que eres muy guapa y muy sexy. Habla maravillas de ti, te lo prometo. Aunque te parezca extraño, esto es más habitual de lo que crees.

—¿Es normal que un chico contrate a un... —no sabía si debía pronunciar las palabras que definen a este tipo de hombres?

—Scort, gigoló, amigo... Llámame como quieras —dijo él volviendo a sonreír.

—¿... Para que esté con su mujer?

—Sí, aunque te sorprenda, pero en realidad no es eso...

—¿Y entonces qué es, porque, aunque estemos aquí charlando, tú has venido a...? —Volví a no atreverme a continuar.

—A tener sexo contigo... —Finalizó él como si no pasara absolutamente nada—. Siempre que tú quieras. No soy un vulgar puto, ni tampoco pretendo conquistarte como un tipo en una discoteca, ni a soltarte ordinariéces o simplezas. El sexo se puede disfrutar de muchas maneras y se trata de ser un poco más felices, de pasar un buen rato o que se cumplan tus fantasías...

—Las de mi novio, más bien —puntualicé irónica.

—Las de tu chico, de acuerdo. —Se calló y yo asentí—. Y las tuyas —añadió un segundo después.

Fui a protestar, pero me detuvo con un gesto de su mano derecha. Tenía modales suaves, tranquilos, sin aspavientos y su tono de voz era igualmente sosegado y calmado.

—Tu chico y tú sois lo que importa, no que uno sea más atrevido que el otro, o más morboso. Eso es lo de menos.

Me miró con esos ojazos azules que tenía. Era guapo, muy guapo, la verdad. Y seguro que poseía un cuerpo excelente debajo de esa camiseta y de sus vaqueros. Meneé la cabeza tras pensar en eso... No podía ser que me estuviera engatusando aquel chulazo. Respiré profundamente, lo miré. Él seguía con la vista fija en mí. No había pasado de mis ojos, salvo ese pequeño y fugaz momento cuando crucé las piernas, pero me daba la sensación de que ya me tenía estudiada por completo.

De pronto caí en la cuenta de que estaba allí, charlando con él, con un vestido sexy, de verano, muy corto, dejando al aire más de la mitad de mis muslos y con un escote en el que se adivinaban mis dos tetas operadas y el canalillo que las separaba. Sentí el impulso de taparme un poco.

—Eres muy hermosa.

—Gracias... —Por primera vez le sonreí. Aunque tímidamente.

—Estás nerviosa. Relájate. ¿Quieres otro gintonic? —Lo tenía ya más que terciado casi sin darme cuenta.

—No... bueno, sí. Ahora voy.

—No te molestes. Me he fijado de dónde has sacado las copas, la ginebra y la tónica. Y supongo que los limones y la fruta estarán en el frigorífico, ¿no?

—Sí... pero ya voy yo...

Jorge se levantó con esa sonrisa cautivadora y tan atractiva que tenía, mientras me seguía mirando con sus ojos azules. Se fue a la cocina y pude verle el trasero. Como todo en él, era estupendo, parecían un par de pelotas de tenis gigantes.

Miré mi móvil. Mi chico no había vuelto a conectar. ¿Cómo era posible que no se estuviera comiendo las uñas ni me preguntara qué estaba pasando entre Jorge y yo?

Crucé las piernas y balanceé la derecha un poco nerviosa. Pensaba en que Jorge parecía todo un caballero, un tipo que seguramente se las ligaría a decenas en una noche en un bar. Pero yo era otra cosa, a mí no me iba a conquistar. Aunque, tenía que reconocer que se me estaban ocurriendo un sinfín de maldades para cuando Nico subiera. Se iba a enterar y le pensaba poner más caliente que nunca, para tardar lo que se me antojara en follar con él. Esa sería mi venganza.

—Me gustan tus zapatos, tu vestido, tu pelo... Bueno, me gustas tú entera, la verdad. —Me dio el gin-tonic—. Le he puesto unos fresones que he visto en la nevera, ligeramente abiertos. Irán soltando su jugo poco a poco. Creo que te gustará.

Se sentó a mi lado y dejó la Coca-Cola Zero en la mesa sobre uno de los posavasos que había cogido también de la cocina. Ya no había apenas más de veinte centímetros entre él y yo.

—¿Estás bien? ¿Tranquila?

—Sí... Si yo te agradezco tu amabilidad, tu charla, pero es que...

—Lo más importante es que estés cómoda. —Seguía con esa sonrisa y esa mirada azul cielo que empezaba a gustarme mucho—. El resto, secundario.

Bebimos un par de sorbos en silencio. En mi cabeza revoloteaba la idea de que podía disfrutar de aquel hombre sin problemas, que esa posibilidad a Nico le excitaba mucho y que él mismo me lo había puesto en bandeja.

—Buen taconazo, ¿eh? No sé cómo podéis aguantar con ellos —me dijo.

Estiré mi pierna. Sí, en efecto, me había puesto unas sandalias de tacón con un poco de plataforma. Algo más de doce centímetros y con los que, en alguna ocasión, Nico y yo habíamos follado. No me gusta hacerlo con tacones porque es incómodo para ciertas posturas, pero había que probarlos ese día.

—Son relativamente cómodas —giré un poco el pie para que se viera mejor.

Bebimos otro par de sorbos y de pronto sentí su mano en mi copa del gintonic. Me tocó muy poco, apenas un segundo. No sé si por el efecto del calentón que llevaba al llegar a casa, de la sorpresa de mi chico dejándome con él a solas, de su permiso explícito para que follara con él o que estaba muy bueno, o todo junto, pero me subió una especie de calambre por el vientre que terminó en mi nuca.

—¿Puedo probarlo?

—Sí, claro... —Me noté ligeramente azorada.

Bebió un ligero sorbo y puso cara de desagrado. Dejó el gintonic en el posavasos.

—Decididamente, seguiré con mi Coca-Cola, con mi vino y alguna cerveza—. Bebió de su

refresco un par de tragos—. Mamen, voy a intentar besarte... —me dijo en cuanto terminó.

Bebimos otro par de sorbos y de pronto sentí su mano en mi copa del gintonic. Me tocó muy poco, apenas un segundo. No sé si por el efecto del calentón que llevaba al llegar a casa, de la sorpresa de mi chico dejándome con él a solas, de su permiso explícito para que follara con él o que estaba muy bueno, o todo junto, pero me subió una especie de calambre por el vientre que terminó en mi nuca.

—¿Puedo probarlo?

—Sí, claro... —Me noté ligeramente azorada.

Bebió un ligero sorbo y puso cara de desagrado. Dejó el gintonic en el posavasos.

—Decididamente, seguiré con mi Coca Cola, con mi vino y alguna cerveza—. Bebió de su refresco un par de tragos—. Mamen, voy a intentar besarte... —me dijo en cuanto terminó.

—Ni se te ocurra —le dije sonriendo.

—Yo lo voy a hacer, si me quieres parar, hazlo.

—Ya te lo estoy diciendo...

Pero no me hizo caso. Se acerco muy despacio y recorrió los escasos veinte centímetros entre él y yo, en un par de segundos, mientras me miraba fijamente. Yo solo veía aquella cara tan perfecta, esos ojos que me penetraban con suavidad y una sonrisa cautivadora. Y en mi cabeza solo volvía a retumbar el hecho de que a mi novio no solo no le importaba que me acostara con él, sino que, además, me lo pedía.

Sus labios alcanzaron los míos y en efecto, me besó. Yo no lo hice, pero tampoco se lo impedí. Se retiró un par de centímetros y volvió a besarme. Esta vez, mi boca estaba entreabierta y sentí su lengua en mis labios. Sin darme cuenta la abrí y dejé que pasara. Sí correspondí a ese segundo beso.

Fui a protestar y a incorporarme, pero me cogió de la cintura y me besó por tercera vez. Sin saber bien por qué, me entregué en ese beso e incluso lo apreté por la nuca contra mis labios.

Fue un beso largo, apasionado e intenso. Cuando terminamos, yo ya estaba totalmente entregada y recostada en el respaldo del sofá. Jorge entonces me sonrió abiertamente, me acaricio la mejilla y me dio un suave piquito en los labios al que también correspondí.

Un segundo más tarde, se quitó la camiseta dejando ver unos pectorales perfectos y unos abdominales bien marcados. Yo me mordí ligeramente el labio inferior...

\*\*\*\*\*

Nico subió a casa algo pasadas las dos horas y media. No sé si se encontró con Jorge o no. Yo estaba tumbada en nuestra cama, dándole vueltas a todo lo sucedido. Al sentir que se abría la puerta, di un respingo. Estaba desnuda y en mi cabeza todavía flotaba el último polvo que me había echado Jorge. El primero, el del salón, tampoco había estado mal, pero con este segundo me encontraba plena.

Esa tarde noche había follado sin ninguna traba, dejándome llevar por un tipo guapísimo, de cuerpo escultural, mirada limpia y azul, y modales de marqués. El primero de los dos polvazos fue inmediatamente después de los tres besos que me dio —nos dimos— en el salón. Sin mediar apenas palabra, me desabrochó con maestría y agilidad el vestido y empezó a besar mis tetas lamiendo con suavidad y precisión mis pezones que en apenas dos segundos ya estuvieron tiesos y puntiagudos como misiles. Un segundo después, estaba totalmente desnuda, salvo las braguitas y los tacones que tardé algo más en quitármelos. Besó mis labios con dulzura, me lamió mi vagina con precisión y mordisqueó los pezones de mis pechos, llevándome a un estado muy placentero.

Jorge me arrancó una oleada de placer con sus primeros lametones en mi clítoris, que me

hicieron lanzarme con determinación a su polla en cuanto se quitó el pantalón y los calzoncillos, para metérmela en la boca todo lo que pude. Se la chupé varias veces, todas con avidez y glotonería. Incluso, en un momento dado, y como gracia que nos hizo reír a ambos, se la mojó en el gintonic para mamársela mejor.

Me tocó mi vulva como nunca nadie lo había hecho. Me lamió el clítoris, el monte de venus y los labios vaginales hasta que consiguió un punto de excitación cercano al éxtasis. Acto seguido, me la metió lentamente hasta el fondo, bombeándome con paciencia, potencia y sabiduría. Nunca me habían follado así. Ni Nico en sus mejores momentos.

Si mi novio había elegido entre varios scorts, no lo podía haber hecho mejor, porque, además de lo vistoso que era Jorge, tenía una verga que superaba por un poco, uno de mis palmos. Era más gruesa que lo normal y casi horizontal a su cuerpo. Estaba circuncidado, no como mi novio, y tenía un glande grande, redondeado y rosado, que chupé con ansia y deleite.

—He traído cena —escuché que me decía mi chico desde la cocina.

Miré el reloj. Eran casi las diez de la noche. Había estado follando con Jorge cerca de dos horas sin apenas pausa. Estaba convencida de que Nico le había contado que yo me ponía a cien enseguida y que no me costaba casi nada recuperarme después de un orgasmo, porque tras correrme mientras me follaba a gatas en el sofá del salón, me subió al dormitorio en brazos y tras dejarme descansar y beber un poco de agua, enseguida continuó con sus caricias que hicieron que retomara toda la pasión y el desenfreno de nuevo, casi de forma inmediata.

De pronto me acordé de que mi ropa, mis tacones, todo, estaban en el salón, todo tirado por ahí, sin ningún orden ni control. Nico, seguramente, ya lo había visto y tenía que saber por fuerza que había estado follando con Jorge. Me quise morir de vergüenza y me tapé con las sábanas. ¿Qué le iba a decir a mi novio? Yo lo quería mucho y esto podía romper nuestra relación por un absurdo juego sexual que me había llevado a serle infiel. Se me había ido de las manos...

—¿No bajas? —la cabeza de Nico se asomó por el hueco de la puerta de nuestro dormitorio—. Hay sushi...

Asomé ligeramente la cara destapándome de la sábana que me cubría, y miré casi furtivamente a mi chico.

—Venga, que ya está todo preparado. He abierto un vino blanco... Date una ducha y baja, preciosa.

Me había llamado preciosa, como cuando estaba de buen humor. No estaba enfadado, no tenía un tono de voz de reproche ni parecía que por su parte hubiera pasado nada. Me costaba entenderlo. ¿Sería verdad que tanto le ponía que admitía que su novia se acostara con otro hombre que además lo había pagado él? Me levanté y bajé tras ducharme con cierta rapidez. No iba a hacerlo esperar encima, pero necesitaba quitarme el olor a sexo que sin duda transpiraba por cada poro de mi piel.

—Hola... —dije tímidamente cuando bajé y le vi servir el vino en dos copas.

—Hola preciosa... —se acercó, me besó y me abrazó con fuerza—. ¿Qué tal todo? Ya veo que bien... —y me señaló mi ropa y mis zapatos tirados en medio del salón.

—Nico, yo...

—Vamos a cenar. Luego me lo cuentas. Tengo hambre. Venga siéntate y come algo. Lo necesitarás.

Mi chico tenía una sonrisa en la cara, sabiendo perfectamente, que su novia había estado follando con un profesional del sexo durante casi dos horas sin importarle nada. O muy poco, porque mentiría si dijera que en ningún momento se apareció Nico en mi mente, pero la lengua, las



manos, los dedos o la polla de Jorge, me hicieron olvidarlo siempre que se presentaba en mi cabeza.

Cenamos en silencio, o yo al menos estaba en silencio porque él hablaba sin preocuparle nada de lo que había sucedido. El té que siempre nos tomábamos en el salón, yo intenté que fuera en la cocina. Mi ropa tirada, mis bragas y mis taconazos en medio de nuestra casa me delataban y me acusaban de mi estupidez.

—Vamos al salón, preciosa —me dijo cogiéndome de la cintura.

Yo iba cabizbaja, con sentimiento de culpabilidad y me parecía que toda mi ropa esparcida sin control por el salón me gritaba y señalaba. Recogí las bragas que estaban en medio de la mesa con un movimiento casi furtivo y desplazé un zapato que reposaba en pie al lado del sofá en el que Jorge y yo habíamos estado follando algo más de hora y media antes.

—Te lo has pasado bien, por lo que veo —dijo con cara de satisfacción—. Muy bien... —asentía con una gesto placentero y aprobativo.

Lo miré estupefacta. No entendía nada.

—No te entiendo Nico... Esto es una locura. —Me tapé la cara porque estaba a punto de llorar. Salieron algunas lágrimas de mis ojos. Noté que me abrazaba.

—Tranquila. Ha pasado lo que has querido que pasara y yo te he propuesto. No hay problema ninguno. Yo estoy tranquilo y entiendo que tu estés nerviosa, pero de verdad, no pasa nada.

—Nico —le miré con los ojos llenos de lágrimas—, he estado con un hombre en nuestra casa. No sé cómo ha podido pasar, yo te quiero a ti...

No me dejó continuar, porque me besó profundamente, introduciendo la lengua en la boca que una hora antes tenía la polla de Jorge y la succionaba para que se corriera.

—Pero entonces...

—Preciosa, me ha encantado lo que has hecho y solo quiero que me lo cuentes. Solo te pido eso. No hay ningún reproche, no tienes culpa de nada, estoy totalmente tranquilo y te quiero sin ninguna duda.

Lo besé tiernamente y lo abracé con fuerza.

—Nico, esto ha sido una locura —apoyé mi cabeza en su hombro.

—Una bendita locura que me ha fascinado. Solo quiero que te tranquilices y que, en un poco, si quieres, me lo cuentes y me hagas correrme escuchándote. Te quiero mucho, amor mío. —Volvió a besarme.

—Preciosa, me ha encantado lo que has hecho y solo quiero que me lo cuentes. Solo te pido eso. No hay ningún reproche, no tienes culpa de nada, estoy totalmente tranquilo y te quiero sin ninguna duda.

Lo besé tiernamente y lo abracé con fuerza.

—Nico, esto ha sido una locura —apoyé mi cabeza en su hombro.

—Una bendita locura que me ha fascinado. Solo quiero que te tranquilices y que, en un poco, si quieres, me lo cuentes y me hagas correrme escuchándote. Te quiero mucho, amor mío. —Volvió a besarme.

Más repuesta tras hablar con mi chico, entendí que quería tener él la parte de la fantasía que le gustaba. Me había pedido que se lo contara todo, con pelos y señales, con detalles y con precisión. No podía negarme.

—¿Ya que está todo tirado por aquí, puedes vestirme como estabas con él? —Me pidió.

—¿Vestirme y ponerme los taconazos de nuevo? ¿Quieres que lo haga? —Seguía sorprendida.

—Sí, por favor... Y dame detalles. Todos los que puedas.

—Nico... —le dije mientras me ponía el vestido y me quitaba de nuevo el sujetador que llevaba—, no sé...

—Por favor... Lo deseo tanto.

Miré el bulto de su pijama. Tenía un empalme considerable. Me abroché el vestido, me puse de nuevo las sandalias y me senté junto a él.

—¿Qué quieres saber? —le dije cerrando los ojos y aun confundida.

—Todo...

—¿Todo? ¿Estás seguro? —me recosté en el sofá mientras cruzaba mis piernas y balanceaba una de ellas.

—Todo —aseguró con rotundidad—. Para empezar, y así, de primeras, aunque ya lo sé, quiero saber si has follado hoy con él...

Asentí.

—Dímelo, por favor.

—He follado con él.

—¿Cuántos?

—¿Polvos? Dos...

—Eres grande, preciosa... —se sacó la polla y se la acarició.

Y fui a chupársela, pero me detuvo.

—¿Se la chupaste vestida?

—No, ya estaba desnuda. Bueno, con los tacones y las bragas aún.

—Puedes hacerlo igual...

Mi chico estaba en éxtasis. Con un empalme brutal y me alegré por él. Decidí, que, al menos, también merecía pasárselo bien. Quizá no tan bien como yo, porque lo de Jorge había sido maravilloso y bestial, pero al menos yo pondría todo de mi parte. Me desnudé y me quedé en tacones y bragas. Le tumbé en el sofá, y de la misma forma que había tenido la polla de Jorge en mi boca poco antes, me introduje la de mi novio. La de Nico es normal, quizá más gruesa que otras, pero de alrededor de catorce centímetros. Claramente por debajo de la de Jorge que, al menos, calculé tenía entre cuatro y cinco más. Se la chupé todo lo mejor que pude, intentando retrasarle el orgasmo, y me fue imposible no pensar en que estaba de nuevo con aquel tipo de ojos azules, cuerpo perfecto y buena polla. Pensé en Jorge, en que se la había chupado con fruición y que me hubiera gustado ver cómo se corría. Porque las dos veces lo hizo en el condón, llenándolo en ambas.

—Se la he chupado aquí mismo, tal y como estás tú tumbado. En nuestro sofá... —Le dije mirándole a los ojos y con una voz susurrante ya recuperada al ver que mi chico, no solo no se enfadaba, sino que empezaba a gemir cercano al orgasmo. Yo me sentí excitaba y volvía a estar mojada—. Y hemos follado también aquí.

—¿Los dos polvos?

Negué con la cabeza sin sacarme su polla de la boca. Un segundo después, mientras la lamía, le contesté.

—El segundo en nuestra cama.

—Dios... — Y recibí una descarga de esperma que me dio en parte en la barbilla y la mejilla izquierda al no estar avisada.

—Eres espectacular, preciosa. Te quiero.

—Si vienes arriba, te cuento el resto. —Y me levanté dejando que viera mi culo ondular sobre los taconazos de doce centímetros, mientras subía la escalera que llevaba a nuestro dormitorio.

Era verdad, aquello nos ponía mucho a ambos.

El fin de semana lo pasamos básicamente, follando. Nico estaba literalmente encantado con lo sucedido esa tarde del jueves entre Jorge y yo. El domingo por la noche, tras cenar y cuando estábamos tranquilamente en la cama, ya, más calmada, pude preguntarle sobre aquello.

—¿De verdad que no te importa?

—No solo no me importa, sino que me encanta. Esa mezcla de celos y de excitación, de pensar que estás con él, me hace desearte con más fuerza. No te imaginas lo que me puede llegar a excitar esto.

—¿Y los celos? Me dices que tienes, pero no te importa que te cuente las veces que se la he chupado, dónde hemos follado, cómo me he corrido...

—Tengo unos celos enormes, pero me puede la excitación que me produce saber que estás o has estado con él follando. No te puedo explicar mejor el tema...

—Pero son cuernos... y bien puestos, Nico —le dije, temiendo que aquello lo enfadara.

—Sí, la verdad es que sí... —me sonrió con tranquilidad—. Son unos cuernos de cojones... Pero en verdad, yo no lo veo así. Me gusta lo que haces, ¿cómo voy a enfadarme si fui yo quien te lo propuso?

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos? —dije unos segundos más tarde, procesando lo que mi novio me acababa de decir.

—¿Ahora? Puedes follar con él cuando quieras...

—¿Más? —Le dije abriendo los ojos como platos.

—¿No te gustaría volver a verlo?

No sabía qué responder. Si decía sí, significaba que me había gustado mucho estar con otro y aunque Nico me dijera que no pasaba nada, temía por su reacción. Pero si decía que no, me daba miedo frustrarlo. Decidí ser sincera, aunque no tomara claramente partido.

—Vamos a ver... Entiéndeme. Fue una experiencia brutal, excelente, por lo que, visto desde ese punto, y que a ti no te importa, sí me gustaría volver a verlo, la verdad... Pero por otra parte me da miedo.

—¿Miedo a qué?

—Nico —le miré sorprendida—, estamos hablando de follarme a un tío... Otra vez —remarqué.

—Por eso... Ya lo conoces. Te sería más fácil.

—¿De verdad quieres que me lo vuelva a follar? —no daba crédito a mi novio.

—Sí, claro que sí, preciosa. Es un buen tipo y me he informado de él.

—¿Informado? —volví a quedarme de piedra.

—Sí. Es sano, no tiene antecedentes y nunca ha tenido problemas en su trabajo. Ni de modelo, ni cuando estuvo empleado en el departamento de marketing de una empresa de seguridad, y trabaja, no solo de *scort*...

—¿Trabaja...? Pero bueno, me dejas alucinada... ¿Cómo sabes tanto de él?

—Me he informado, preciosa. No te iba a traer panga, cuando tú eres caviar.

—¿Y a qué se dedica?

—A eso...

—¿A qué?

—Al caviar... —mi chico sonrió con ganas.

—¿Al caviar? ¿Trae caviar ruso, iraní...?

—No... americano. De California. Un amigo ha invertido dinero allí y él lo está vendiendo a

algunos restaurantes y tiendas gourmet de Madrid.

—Joder... —susurré.

—¿Ves cómo es un buen tío? ¿Entonces quieres volver a verlo?

—No sé, Nico... lo del otro día estuvo bien... Pero me da cosa...

—Bueno, lo vemos tranquilamente mañana. Ahora, preciosa, me has vuelto a poner a tope — me dijo acercándose y buscando mi vientre y mis tetas.

Fue el décimo polvo del fin de semana. Nunca habíamos follado tanto, la verdad, pero lo cierto era que él me lo hizo mejor que el resto de días y yo me notaba más atrevida y dispuesta. Veinte minutos más tarde, ambos desnudos, respirábamos agotados tumbados boca arriba.

—Vas a acabar conmigo... —le dije sonriendo de satisfacción.

—Por hoy ya está bien, que mañana tengo mucho lío en el despacho. —Me dijo—. Pero quiero que sepas que seguiría preguntándote para volver a excitarme. No pararía de follar contigo, hasta que se me cayera la piel de la polla a tiras...

—¿Tanto te pone?

—Ni te lo imaginas...

Yo también me dormí pronto, pero me quedé intranquila. No había sido totalmente sincera. Sí, tenía miedo, pero me había gustado mucho follar con Jorge, y si mi chico no me ponía trabas, ¿por qué no probarlo de nuevo? Era aquella duda la que me atormentaba. ¿Cómo podía recordar a un tío con el que había estado follando, mientras estaba enamorada y quería a mi novio? ¿Se podía ser tan golfa?

El lunes cuando fui a trabajar, me encontré con un ramo de rosas sin tarjeta. ¿Quién era? ¿Nico, o se le habría ocurrido decirle a Jorge dónde trabajaba y convencerlo para que me enviara rosas? En el fondo, me excitaba la idea de que fuera él, pero no me olvidaba que era un *scort*, un profesional de esto y que lo del jueves no había sido nada más que un trabajo. Un buen trabajo, ciertamente.

Fui la comidilla de la agencia y todos especularon con quién era mi admirador secreto. Hubo hasta una especie de apuesta. Y se barajaron nombres y posibilidades: desde uno de los guardias de seguridad del edificio que siempre se mostraba muy galante conmigo, hasta el director de la agencia de seguros y reaseguros que teníamos dos plantas más abajo y que en su momento, se había empeñado en que fuera yo quien les llevara la cuenta. Uno de los creativos gays, de los más osados y víboras, dejó caer que también podía ser una mujer. Yo las puse en la mesa que ocupaba, tan contenta y sin querer saber muy bien quién de ellos había sido.

Sin decir nada a nadie, fisgoneé un poco por la información de la empresa de *scorts*, intentando saber algo más de él. Pero no encontré su ficha. O no la habían mandado o no trabajaba en esa empresa. Me quedé mosqueada, la verdad.

A la hora de la comida, quedé con una amiga que trabajaba en un banco en la misma zona de Madrid que yo. Cinco o seis días atrás me hubiera parecido una comida normal de chicas, donde nos contábamos nuestras cosas, las manías de los chicos, tal o cual cosa de esta o de aquella, pero ese día estaba distraída, despistada. Me revoloteaba aun lo sucedido el jueves en mi casa, la reacción de mi chico y los diez polvos que habíamos echado el fin de semana. Que, si sumaba los tres del jueves, dos con Jorge y uno con Nico, hacían la cifra de doce más uno en cuatro días. Todo un récord.

Cuando llegué a casa le pregunté a Nico por las flores, pero solo me sonrió y me dio un beso, por lo que no me sacó totalmente de dudas. Pensaba que había sido él, pero no las tenía todas conmigo. No volví a insistirle y dejé que mi imaginación volara desde mi novio hasta a Jorge.

Llegó el martes y pasó el miércoles. Tuve mucho trabajo que me hizo estar más distraída y pensé menos en lo sucedido el fin de semana y el lunes.

Pero llegó el jueves de nuevo.

A media mañana me entró un Whatsapp de un número desconocido.

(Número de teléfono)

«Hola. ¿Cómo estás?»

El corazón me latía deprisa. Nunca me había sucedido esto, ni cuando era adolescente. Siempre había tenido chicos a mi alrededor, y tampoco había sido muy mojigata. Cuando empecé con Nico, yo ya había estado con varios hombres. No es que fueran muchos, pero no podía quejarme. O al menos, y según comentaban mis amigas, estaba por encima de la media.

Número de teléfono

«Te has quedado muda?»

Mamen

«Quién eres?»

(Número de teléfono)

«Jajajaja...

un admirador secreto»

Mamen

«¿Me enviaste tú las flores?»

(Número de teléfono)

«Sí. ¿Te gustaron?»

Mamen

«La verdad es que sí... pero ¿quién eres?»

En ese momento ya estaba totalmente segura de que no había sido Nico... La idea de que hubiera sido Jorge, empezaba a gustarme. No entendía mucho de scorts, pero no debía ser muy normal enviar un ramo de flores...

(Número de teléfono)

«Piensa un poco...»

Mamen

«No caigo... Dime algo!!»

(Número de teléfono)

«Te gusta el gin-tonic con fresas...»

Era Jorge, definitivamente. Mi corazón se aceleró y empezó a latir con fuerza, como el de una colegiala. ¿Pero qué me estaba pasando?

Mamen

«¿Jorge?»

(Número de teléfono)

«Sí. Estoy por tu zona.

Tengo que ir a Pencho Cortés.

Te invito.

A las dos.

No me falles, porfa»

Iba a contestar algo como que no puedo, tengo trabajo, no me da tiempo... Pero me quedé con los dos dedos pulgares en el aire, sin teclear nada. Decidí no responderle. Tampoco sabía si debía ir.

Le puse un mensaje a Nico, pero no me contestó. Lo miré varias veces, pero seguían sin aparecer los dos tics azules. No me había leído el mensaje. Recordé que estaba en una obra y que muy posiblemente no llevara el móvil.

Lo llamé. No me contestó. No sabía qué hacer. Por una parte, sinceramente, me apetecía volver a ver a Jorge. Y cuando digo ver, me estaba refiriendo a eso, justamente a verlo. No a desnudarme ante él. Por lo menos, en un restaurante.

Entré en la página web de Pencho Cortés. Era uno de los restauradores y cocineros de moda, de cubierto superior a los ochenta o noventa euros y donde muchos famosos se dejaban ver. Me miré el reloj. La una. Aun quedaba algo de tiempo, pero mi novio no me respondía al mensaje que seguía con los dos tics en gris.

A las dos menos veinte me fui de la oficina y cogí mi coche. Le dije a Conchita, la secretaria de mi jefe, que me encontraba mal. La regla y esas cosas. Inconscientemente, no pensaba volver al trabajo. Afortunadamente, ninguno era demasiado complicado de convencer y tanto una como el otro, me tenían por buena trabajadora. No había faltado nunca y se fiaban de mí.

Llegué al restaurante con el corazón a cien.

—Buenos días. ¿Tiene reserva? —un maître joven, de aspecto pulcro y refinado me sonreía.

Recordé que no sabía el apellido de Jorge, quizá no fuera este ni siquiera su nombre real.

—Me están esperando. Es un caballero rubio...

—Acompañeme. Está ya sentado.

La sonrisa y la facilidad con que había pasado el primer escollo me hizo envalentonarme. Iba vestida de oficina. Moderna, pero nada que ver con el modelito floral del jueves. Un pantalón tipo palazzo, amplio, de pata ancha, una camisa blanca ligera, varios colgantes de bisutería barata pero efectiva y un chaleco de hombre a cuadros. Que me entallaba y me sentaba estupendamente. Me alegré de haberlo elegido ese día. La cazadora ligera descansaba plegada encima de mi bolso amplio de bandolera.

Enseguida lo vi. Estaba hablando por teléfono y el maître me llevó hasta la mesa que ocupaba Jorge. Se levantó, pero siguió hablando en inglés con alguien. Tenía un buen acento y la conversación era fluida. No era bilingüe, pero lo hablaba con bastante soltura. Hice por no escuchar. Era algo de un pago en dólares...

Colgó rápidamente y me miró sonriente. Me dio dos besos en las mejillas. Olía a colonia varonil. Tabaco y cuero, me dije.

—Hola. Me alegro de que hayas venido. Que sepas que esto no es trabajo... Me refiero a que yo me alimento como todos los mortales, y me gusta hacerlo bien. Me apetecía verte, Mamen. —Y me largó una de sus sonrisas perfectas y tremendamente atractivas.

No sabía si me mentía. Pero en ese momento, viendo aquellos dos ojazos azules como luminarias que me miraban y me decían aquello, me sentí una especie de princesa. No sé si los scorts hacen esto con sus clientas, pero al aparecer, ni me importaba. Pero él sí lo estaba haciendo conmigo.

—No he podido hablar con mi novio... —me excusé sin saber muy bien lo que estaba diciendo ni lo que significaba aquella frase dirigida a Jorge.

—No pasa nada. Nico es un tipo estupendo. Lo entenderá.

—¿El qué entenderá?

—Que estemos comiendo tu y yo.

—No va a pasar nada más, Jorge —le dije sonriendo y negando con la cabeza—. No te puedo mentir y lo de la semana pasada estuvo genial. De verdad que muy bien... Disfruté mucho, pero...

—confesé bajando la voz y mirando hacia los lados, dejando inacabada la frase.

—Me alegro mucho de que te lo pasaras bien. De verdad, te lo prometo. Y no pretendo que suceda nada. Ya sabes que lo quieras que hagamos, es cosa tuya. Lo decidirás tú. Siempre...

—Me gustas mucho... eres como un muñeco —susurré con un mohín de fastidio. Luego me mordí el labio inferior, como una adolescente—. Pero tengo novio. Vivo con él....

—Mamen, disfruta de la comida. Piensa en mí como un amigo.

—No puedo —volví a mirar a los lados y a sonreír—. Yo no follo con mis amigos —dije bajando de nuevo la voz y acercándome a él.

—Pues no pienses y relájate —volvieron a salir a relucir sus dientes perfectos, blancos y esa sonrisa franca, espaciada y amplia—. ¿Te gusta el caviar?

—Sí, me gusta mucho... Sé que lo importas —le dije para intentar impresionarlo.

—Eso es que te has interesado por mí... Me halaga mucho, sinceramente.

—Buenos, es lo menos, después de lo del jueves... No acostumbro a hacer eso.

—Lo sé. Y no te preocupes por mí. Soy discreto, vivo de serlo.

—¿No decías que importabas caviar...? —le dije con intención.

—Y así es... Pero también, me dedico a esto.

—¿Por qué? ¿No prefieres trabajar en lo del caviar?

—Sí, pero tengo que pagar facturas. Y ahorrar para cuando sea mayor y ya no pueda disponer de esta carrocería.

—Que es un cañón... —suspiré, lo que hizo que él se riera echando la cabeza hacia atrás.

—Gracias. Me encanta que me piropees.

—Debería ser al revés...

—Tienes razón. Eres una mujer espectacular. En todos los sentidos.

—Me vas a sonrojar...

—No creo. Se lo habrás escuchado a muchos tíos. Y aunque suene a disculpa, yo ya te había dicho unas cuantas veces que eres muy guapa y tienes un cuerpazo. Y que me gustas. ¿Qué me queda?

—Decirlo en serio.

—¿Y por qué piensas que no lo hago? ¿Tú te crees que yo me voy con cualquier que me solicita? Te aseguro que no...

—Discúlpame Jorge —temí haberlo ofendido—, no pretendía decir eso.

—Tranquila, no me has molestado. Solo te quiero decir que, aunque tu chico me llamara, yo también te elegí a ti.

Sonreí halagada.

—¿Estás o ves a alguien más? Me refiero con regularidad... —la pregunta me salió sola. Sin pensarlo.

No me contestó. Solo sonrió ampliamente y llamó al camarero.

—Caviar para dos y un pescado a la plancha. Aquí hacen muy bien el atún y estamos en temporada. ¿Te parece bien?

—Sí, fantástico.

Comimos, bromeamos y nos lo pasamos realmente bien. Jorge se tomó una copa de vino blanco y la mitad de una segunda. Yo fui la que llevé el peso en aquello y me tomé casi cuatro. El vino hizo que me relajara y me riera con lo que Jorge me contaba. Era un buen conversador, con multitud de temas y con evidente don de gentes. Me sorprendió que estuviera al tanto no solo de economía, sino de política, cine, libros o tendencias de moda. A ambos nos gustaba el Real

Madrid, al contrario de Nico que era un acérrimo seguidor del Atlético.

Llegamos a los postres.

—¿Qué quieres hacer? —me dijo.

—¿Yo? Nada. ¿Y tú?

—Ya lo sabes...

—Jorge, no seas malo, por Dios... No me incites... —protesté ligeramente, con una sonrisa que desacreditaba mi anterior reparo, y mientras me quitaba el pelo de la cara llevándolo detrás de mi oreja derecha.

—¿No te apetece?

Otra vez esa sonrisa arrebatadora y esa mirada azul de cuento de hadas...

—Claro que sí... Me gustas, y mucho, la verdad. Me lo pasé de cine contigo, pero no está bien. —Bajé la voz.

Abrió las manos en señal de asentimiento o concesión.

—Tú decides. Siempre.

—¿Has hablado con mi novio? —le pregunté intrigada y pensando en ese momento si el silencio de Nico era por ese motivo.

—¿Eso importa?

—Claro que importa, ¿cómo no me va a importar? —Me reí un tanto nerviosa al asumir que Nico y el tío con el que había estado follando hacía una semana, se comunicaran entre sí con total tranquilidad.

—¿Te refieres a si he hablado hoy con él?

—Sí. Yo no he podido localizarle —miré mi móvil otra vez. Seguía con los dos tics en gris—. Mira, no me ha leído el mensaje —le mostré la pantalla de mi teléfono.

—No, hoy no he hablado con Nico —me dijo una vez que miró el mensaje en el chat de mi chico.

—No sé por qué no me contesta...

—Tú sabes que se puede quitar lo de las verificaciones azules, ¿no?

—¿Las ha quitado? —pregunté sorprendida intuyendo que podía saber algo más que yo acerca de ese detalle.

—No lo sé... Solo digo que se puede hacer. Bueno, ¿entonces? Tienes su permiso y yo quiero estar contigo. Solo falta que te decidas para que estemos todos contentos.

—Jorge... —escondí la cabeza entre mis manos—, no debo...

Se quedó callado mirándome mientras yo alternaba sus ojos con mis dudas. Volvía a tener esa sonrisa que me atrapaba y el sedal de sus azules ojos me iba enredando de nuevo.

—Vamos a hacer una cosa. Si te parece bien, vas a tu casa, y yo, en un par de horas o así, me acerco. Si quieres, me abres y si no, me voy tranquilamente. ¿De acuerdo?

—No va a pasar nada... —tuve un amago de sensatez y de decisión, pero que yo misma intuía que no sería muy duradero.

—Como quieras... Y se levantó haciendo que yo lo imitara—. Te veo en tu casa... O no. —Y me dio un ligero beso en la mejilla.

Aspiré su olor. Tabaco y cuero. Le vi irse hacia el maître y pagar la cuenta con una tarjeta de crédito. Luego se volvió hacia mí y sonrió de nuevo como solo él parecía saber hacerlo.

Seis y media. El timbre del telefonillo sonó una hora y cincuenta minutos más tarde de que nos despidiéramos en el restaurante. Yo estaba impaciente y a la vez enfadada conmigo misma. Por una parte, esperaba que Jorge viniera y por otra deseaba que no lo hiciera.



Cerrando los ojos, y sabiendo que mis defensas se habían derrumbado, pulsé el botón de apertura y me maldije. Cuando lo vi allí plantado en la puerta de mi casa, ya sabía que me lo iba a follar sin detenerme a pensar en nada más que en disfrutar.

Nos fuimos directamente al salón y lo besé con pasión. Él se quitó la americana, la camisa y los pantalones, mientras yo hacía lo mismo, quedándome totalmente desnuda en apenas un minuto. Me senté en el sofá y le palpé la entrepierna por fuera, acariciando el bulto que ya era de considerables dimensiones. Él seguía de pie, y delante de mis ojos se esculpían unos abdominales bien plantados, pero no exagerados, unas caderas fuertes que yo ya sabía que empujaban firmes y unos muslos bien cincelados. Llevaba calzoncillos de marca, bastante ajustados, que apenas ya eran capaces de aguantar lo que escondían. Se los bajé muy despacio y su polla me dio en la cara.

—Buff... Madre mía —suspiré al verla tan cerca, tan grande y tan dura ya.

Ambos nos reímos. Comencé a lamer despacio su glande, rosado, poderoso. Pasé la lengua por su tronco, acaricié sus testículos y volví a lamer despacio aquel capullo enorme y retador. Cerré los ojos y muy despacio me la metí en la boca saboreando cada centímetro que me tragaba.

Unos segundos más tarde me alzó y me puso de pie mientras me miraba a los ojos. Me besó con cierta pasión mientras yo no dejaba de tocarle el pene ya totalmente empalmado.

Con la mano izquierda que tenía libre, le palpé los bíceps. Eran fuertes y bien formados. Le besé en sus tetillas y pasé la mano por su pecho depilado.

—Estás fuerte... —le susurré mientras buscaba de nuevo su boca.

Entonces sonrió, sentí sus manos en mi cintura y, sin apenas esfuerzo me volteó, provocándome un grito de sorpresa que se tornó en risa a los pocos segundos. Yo estaba boca abajo, con su pene casi al lado de mi boca y mi sexo en la suya. Sus fuertes brazos me rodearon la cintura manteniéndome en esa postura invertida sin que le molestara mi peso. Jorge era un hombre fuerte, de alrededor de uno ochenta y sin duda, mis cincuenta kilos escasos significaban poca cosa para él.

Sentí sus primeras lengüetadas en mi vagina y gemí de gusto. Inmediatamente, me volví a meter en la boca su polla, mientras que con la mano derecha la agarraba y con la izquierda me aferraba a su cintura. Mis piernas le abrazaron el cuello. Así, en esa postura, mientras él me lamía con suavidad mi clítoris y yo paseaba mi lengua por su glande sin sacármelo de la boca, subimos al dormitorio.

Una vez allí, me depositó con suavidad en el lecho, quedando mi cabeza colgada de los pies de la cama y muy cerca de nuevo de sus huevos y su polla. Sacó un condón mientras yo lamía su pene con unas ganas infernales y sus pelotas, que ya estaban hinchadas y listas.

Sentí la puerta abriéndose. Nico llegaba del trabajo a casa. Miré el reloj de mi mesilla: las siete y cuarto de la tarde. Jorge seguía en nuestra cama, y justo en ese momento, nos estábamos preparando para el segundo polvo. El ruido de la puerta, de hecho, me sorprendió con más de media polla suya en mi boca y los dedos de su mano derecha, me acariciaban mi clítoris.

—Nico... —dije sorprendida y sin poder evitar un susto.

—Tranquila —me dijo Jorge—. Sabe que follamos. Y lo permite, ¿de qué te preocupas?

Era verdad. Aun así, y a pesar de que volví a meterme de nuevo su polla en la boca, no podía dejar de escuchar los ruidos de mi chico en la entrada. De nuevo mi ropa estaba tirada en el salón y en el recibidor, sin duda lo había visto otra vez y sabía que estaba con Jorge. Porque la suya también estaba con la mía.

—¿Preciosa? ¿Estás en casa? —sonó su voz llamándome.

Me saqué nuevamente la polla de Jorge de mi boca y lo miré. «¿Qué hago?» Le dije con mis

ojos. Él se encogió de hombros y puso cara de resignación. De pronto, tuve una idea. Mi chico sabía que había estado, otra vez, follando con Jorge. De eso no me cabía duda. ¿Y si le sorprendía? Sonreí pícaro y traviesa, le di un beso al pene de Jorge y me incorporé.

—No te relajes, bombón, que voy a ver si le damos un buen espectáculo —luego lo besé de nuevo en la boca.

Me fui a poner un albornoz y también, casi de inmediato, cambié de idea, abrí mi armario y saqué las sandalias negras de tacón alto del primer día que estuve con Jorge.

—¿Mamen? ¿Dónde estás? —volvió a preguntar mi chico desde la planta de abajo.

Mire a Jorge que entendió lo que quería hacer y sonrió.

—Eres perversa... —me dijo en voz baja.

Le tiré un beso y empecé a bajar las escaleras. El sonido de los tacones me pareció ensordecedor y tuve que apoyarme en las paredes de la escalera para no caer. A pesar de mi aparente seguridad, iba nerviosa y el corazón me palpitaba con inusitada fuerza. Y era lo normal: iba a saludar a mi chico, totalmente desnuda, salvo con unos tacones de doce centímetros, mientras me esperaba un tío guapísimo en la cama para seguir follando con él. Y lo mejor, que tenía el permiso de mi pareja.

Nico se volvió hacia la escalera al escuchar el sonido de los tacones. Su cara era todo un poema cuando me vio aparecer sonriente. Seguramente no esperaba ver a su novia desnuda, totalmente tranquila y relajada, acercándose a él con una gran sonrisa tras haber follado con otro.

—Hola preciosa... Estás... —bufó en silencio.

No le dejé continuar y le planté un beso con lengua sin mediar palabra.

—Veo que Jorge y tú habéis vuelto a pasarlo muy bien —me señaló la ropa de nuevo esparcida en el salón—. Me encanta, preciosa...

—¿Sí? —volví a besarlo—. ¿Y te gustaría que me lo volviera a follar?

—Claro...

—Pues si quieres subir... Estábamos a punto de ir a por el segundo polvo.

Mi chico dudó y puso cara de bobo. No sé si esperaba esto o si le costaba admitir que podía subir al dormitorio y ver en primera fila como follábamos Jorge y yo.

—Bueno, si no quieres verlo... —y me giré dándole la espalda.

—Sí, sí... espera.

Me volví con una sonrisa cargada de sensualidad. Le cogí de la mano y tiré de él hacia nuestro dormitorio. Subimos los seis peldaños que lo separaban de la planta baja sin decir una palabra. Iba mudo, expectante, excitado...

Cuando entramos en nuestro cuarto, que no tenía echada las persianas, tan solo las cortinas, por lo que se veía perfectamente, vio a Jorge tumbado a medias en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y totalmente desnudo. Mi novio abrió los ojos como platos, pero continuaba dejándose llevar. Llegamos al lado de la cama, le solté la mano y gateé hasta situarme al lado de Jorge. Le cogí la polla, acariciando sus enormes pelotas y miré a mi chico. Puse de nuevo la cara más pícaro y sensual que pude y le dije elevando las cejas:

—¿Puedo empezar ya?

—Sí... —balbuceó Nico mientras se llevaba una mano al paquete.

Miré a Jorge, lo besé en los labios y bajé mi cabeza hasta engullir casi la mitad de su polla. Sus dedos volvieron a trabajarme mi vulva.

Estuve chupándosela algo así como un minuto, gimiendo ligeramente y lanzando lascivas miradas de vez en cuando a mi novio que se había desabrochado el pantalón, pero no sabía qué

más debía hacer. Me saqué la polla de Jorge de mi boca, la lamí un par de veces con una sonrisa triunfal y me dirigí a Nico.

—Puedes desnudarte, cari. Con el empalme que tienes, te van a estallar los pantalones... — solté una risita—. ¿Le dejamos Jorge? —le miré burlona.

—Tú mandas... —Me contestó, y yo volví a tragarme su polla.

En un momento dado, me apiadé de mi chico. Estaba allí, como un pasmarote, aguantándose el orgasmo y mirando como un semental se follaba a su novia sin contemplaciones. Y lo que era mejor —o peor—, viendo como yo disfrutaba y no solo no me afectaba en absoluto su presencia, sino que me empujaba a ser más golfa y zorra.

En un momento dado, yo estaba a cuatro patas, recibiendo los embates de Jorge y con él justo enfrente. Hacía ya algunos minutos que ni lo miraba y solo me concentraba en chupar y follar al máximo, gozando todo lo que pudiera.

Le hice una seña a Nico con el dedo, indicándole que podía acercarse. Jorge intuyó mis intenciones y bombeó un poco menos duro, lo que me permitió meterme la polla de mi chico en la boca y chuparla. Nunca había estado con dos hombres a la vez, y ni siquiera ahora lo pensé. Pero la verdad fue que mientras Jorge me follaba a cuatro patas, yo tenía una segunda polla en mi boca, la de Nico. La sentí, por primera vez, y comparando con la de Jorge, más pequeña y manejable. Y quizás, menos atractiva, también. Noté su excitación y que me empezaba a dirigirme la cabeza para regular mi succión. No tardaría en correrse, y yo tampoco. De hecho, a la quinta o sexta embestida de Jorge, caí desfallecida y dejando escapar varios gemidos de auténtico placer, pero que me hicieron soltar la polla de mi chico que se quedó a medias. Jorge también estaba excitado —yo lo notaba cuando me agarraba con más fuerza mis caderas—, por lo que tenía dos pollas cercanas a correrse. Me giré, me tumbé en la cama boca abajo y balanceé mis piernas con los tacones para que los pudieran ver perfectamente ambos. Me dirigí a la polla de mi muñeco, pero primero giré lentamente la cabeza hacia donde estaba mi chico y le hice la misma seña de antes, invitándole a que diera la vuelta a la cama y se situara donde esperaba con la polla tesa y dura como una piedra, Jorge. Alterné ambas chupándolas unos segundos cada una. Nico, al poco, comenzó a crispas la espalda y noté que su corrida era inminente. Me la saqué un par de segundos antes de que saliera su chorro de semen que aterrizó en mi brazo y parte de la espalda. Ni me inmuté. Yo ya tenía la de Jorge en la boca y succionaba todo lo mejor que podía para provocarle el orgasmo. Me avisó con un ligero toque en mi mejilla, pero no me quité, aposta dejé que se corriera parte en mi boca y parte en mi cara. Su semen sabía salado, agrio, pero no era desagradable, o a mí no me lo pareció. Le miré sonriente, mientras notaba que la parte más fluida de su esperma me recorría desde cerca de un ojo hasta la comisura de los labios. Recogí esa gota con la lengua, y le lamí la que colgaba de la punta de su glande. Luego, me lo volví a meter en la boca, provocándole ligeros espasmos y recibiendo las últimas secreciones que salían de su polla.

Miré a Nico que me no me quitaba ojo, presa de una especie de alucinación. Nunca le había dejado correrse en la boca, y tan solo en alguna ocasión, que había sido por la rapidez de la eyaculación, su semen había alcanzado mi barbilla o una de mis mejillas. Pero nunca como hoy había hecho con Jorge, recibiendo una buena corrida en cuello, barbilla, mejillas y boca. Y menos, lamerle las últimas gotas de semen.

Le guiñé un ojo a mi chico que seguía embozado. Me alcé y me quité los tacones, que ya empezaban a molestar, acaricié a Jorge, volví a besar su polla que iniciaba su flacidez, pasé mis dedos por la de mi chico y me fui al baño tan tranquila. Estaba exultante, feliz y seguía excitada a pesar de mi reciente orgasmo.

Cuando salí de la ducha, entró Jorge. Volví a besarlo fugazmente. Ya era mi muñeco y sabía que iba a follar con él, si nada lo impedía, muchas más veces. Nico utilizó la de otro dormitorio, que estaba justo al lado del principal. Me lo encontré bebiendo una copa de vino en la cocina.

—¿Te ha gustado el espectáculo? —le pregunté cogiendo una *Coca Cola Zero* del frigorífico y sonriéndole.

—Ha sido brutal. Nunca te había visto así.

Le di un ligero beso en los labios.

—Te gusta follar con él —me dijo en un tono no especialmente alegre. O así lo entendí.

Asentí sin ningún problema ni rubor, mientras daba un sorbo a la lata. El frescor de la bebida me sentó de maravilla.

—Te gusta mucho... —insistió.

—Lo reconozco —asumí—. Sí, me gusta follar con Jorge. Y mucho, no te lo oculto. —Lo miré. Había algo en sus ojos.

—Pues no te cortes... —intentó una sonrisa que no le salió espontánea.

—¿Te ha parecido que me cortaba antes? —le pregunté burlona.

—No, ya te he visto. Buf... Bestial.

Se acercó a mí y me besó tiernamente.

—Te quiero. No lo olvides —me dijo.

—Y yo a ti. Tampoco lo olvides tú.

—Cuando te he visto así con el... He dudado. —Comprendí entonces esa forma de mirarme. Una ligera sombra apareció en sus ojos.

—Bobo... Eres mi chico. —Lo abrecé—. Con quien estoy, voy a estar y siempre estaré. Te quiero mucho, no sabes cuánto. Esto es un... no sé.

—¿Sexo?

—Sexo.

—Del bueno...

—De primera, la verdad.

—¿El primer polvo ha sido igual?

—Parecido... —dije sin darle apenas importancia—. Hemos tardado menos, pero sí, ha sido también muy bueno.

—¿Y también se ha corrido en tu boca?

—¿Te estás poniendo cachondo...? —le hice una leve caricia por su entrepierna sonriéndole como una gata en celo.

Nico iba en un pantalón corto de andar por casa, sin calzoncillos y era fácil ver otra vez la excitación que le causaban mis palabras y mi actitud. Me acarició una teta, dando ligeros círculos con el dedo índice por mi pezón izquierdo, que en dos segundos volvió a responder.

—¿Tienes de nuevo ganas? —me preguntó entre sorprendido y expectante.

—Dame un poco de tiempo... Ya me conoces —sonreí.

Jorge entró en ese momento en la cocina.

—¿Quieres algo? —le dije alegre y sonriente—. Yo me estoy tomando una *Zero*. Podemos compartirla, toma.

—Vale. Bueno, yo en poco tiempo me iré... —alcanzó mi lata y le dio un sorbo.

—¿No te quedas a cenar? —le dije—. ¿Pedimos *sushi*?

—Sí, quédate si quieres, Jorge. Sin problema. —Le dijo mi chico cortés, pero sin mucha efusividad

La cena fue ligera, frugal, los tres en los taburetes altos de la cocina. Que, en verdad, no era tal, porque Nico, como buen arquitecto, había tirado varias paredes y salvo algunas, que quedaron de mera separación, el resto, salón, cocina y recibidor, era prácticamente una misma cosa. De hecho, al no tener niños, habíamos sacrificado un dormitorio para dar más amplitud a la planta baja.

Debo reconocer que hice todo lo posible porque volviéramos a follar. Solo ver a Jorge sonreír, ser tan amable con mi novio, agradarle con su respeto y atención, ya me ponía cachonda. Pero no sucedió nada, y eso que de nuevo compartimos lata de refresco, le di *sushi* con mis dedos y se lo metí en la boca, me apoyé en él cuando estaba sentado e incluso provoqué ciertas bromas picantes para que se encendiera. No lo conseguí, o simplemente, no quiso. A eso de las diez, se fue tranquilamente después de besarme en los labios y estrechar la mano de mi chico. Me quedé un poco molesta, y me dio por pensar que se iba porque tenía otra cita. No me gustó esa sensación, que, además, me sorprendió. Me hubiera gustado continuar con otra buena follada con él. Bueno, y quizá con Nico.

Recogí la cocina pensando en con quién estaría Jorge en ese momento y si se la follaría como a mí. No me gustaba la sensación que me invadía. Sabía que era un *scort* y no estaba enamorada de él. Pero tampoco podía negar que me gustaba. Mucho no, muchísimo. Intenté serenarme y analizar la situación. No podía sentir celos porque Jorge estuviera ahora con otra mujer diferente a mí. Era sencillamente absurdo. Pero ahí estaba ese pensamiento...Intenté olvidarme y pensar en otra cosa. Fui a buscar a mi novio.

Nico estaba en la terraza, regando unas plantas. Lo observé de espaldas, tranquilo, con la manguera aplicando un chorro de agua a cada una de las macetas. Asocié esa imagen con la de hacía apenas dos horas en donde yo me repartía chupándoles su polla y la de Jorge. Me parecía increíble nuestra evolución. Bueno, la mía en concreto. Estaba disfrutando con todo esto. Y entonces pensé en Nico. Debía estar atenta con él. No me olvidaba esa fugaz sombra en su mirada...

Me acerqué a él y me desprendí de la camiseta dejando mis tetas al aire. Hacía una muy buena noche y Nico debía tener su recompensa. Tenía que excitarlo y según me había dicho, la mejor manera de hacerlo era disparar su imaginación...

—Aún no te he contado el primero polvo de hoy... —le cogí de la mano y me lo llevé al dormitorio.

Él iba excitado. Y yo muy cachonda, aún pensando en Jorge.

Había pasado casi un mes desde que Jorge había entrado en nuestras vidas. Todas las semanas habíamos follado varios días. Unas veces solos y otras con Nico delante o participando en nuestra fiesta.

Ya no me cortaba nada y hablaba tranquilamente con mi chico de él, lo que, además, le provocaba una excitación enorme, aunque debo admitir que de vez en cuando notaba que él evitaba seguir conversando de ello, desviando el tema. Entonces yo lo abrazaba. ¿Estaría empezando a sentirse inseguro? Y si era así, ¿por qué no me decía nada? Lo achaqué a que sería algo normal en las parejas que desarrollaban su vida sexual de esa manera. Reconozco que no le di demasiada importancia y pensé que se le pasaría. A fin de cuentas, todo esto era idea suya.

Dos días atrás, el miércoles, Jorge me había descubierto otra zona erógena mía hasta ahora desconocida. Mi ano. Bueno, no era tanto, pero la verdad que había estado ahí, desaprovechado y tan solo como complemento. Pero Jorge, en el tercer polvo de ese día —se fue de casa a eso de las doce de la noche—, después de hacerlo con mi clítoris, empezó a lamérmelo con maestría delante de mi novio.

No puedo calificarlo de otra forma. Fue un orgasmo fantástico y embriagador. Las terminales nerviosas que allí se agolpaban soltaron fuegos artificiales cuando notaron la lengua de Jorge entrar y salir, lamer, chupar, introducir los dedos... Llegué al orgasmo sin darme apenas cuenta. Fue muy intenso, más profundo, más interior, pero recorrió todo mi cuerpo como un calambrazo. Me encantó.

En compensación, le volví a comer la polla dejándose que se corriera en mi cara y mis tetas. Se había convertido en una costumbre que me empezaba a gustar mucho. Incluso mi novio, uno de los días también lo hizo, pero a él no le lamí después la polla. Sencillamente, y no lo hice aposta, se me pasó.

Jorge era un amante excepcional. Mejor que mi chico, la verdad. Y notaba que, incluso cuando estábamos los tres, yo me inclinaba a satisfacer a mi muñeco antes que a Nico. Supongo que él lo notaría también. Pero no me decía nada, a pesar de que, admito, vislumbraba cierta rigidez y penumbra en él. Pero no podía evitarlo. Los ojos, las manos, la boca, se me iban al pene y a los huevos de Jorge sin remedio. Era una atracción brutal y alocada la que sentía cuando estaba con él.

Nico y yo, a esas alturas, seguíamos follando bastante más que antes, y generalmente con excelente humor. Pero Jorge empezó a venir también algún día del fin de semana. Un sábado de los que Nico tenía timba de póker hasta las tantas con los amigos de la urbanización, estuvimos mientras tanto follando Jorge y yo sin parar, de tal forma que cuando regresó Nico, a eso de la una y media, aún seguíamos en el dormitorio. Pero esta vez no bajé, seguí cabalgando a Jorge, mientras mi chico, que posiblemente había bebido alguna copa de más, se quedaba a dormir en el dormitorio de al lado.

Estoy segura de que me oyó gemir y disfrutar con las penetraciones de Jorge. Esa noche, quizá por el hecho de saber que Nico estaba en el dormitorio de al lado, escuchándome follar, me puse aún más cachonda y no tuve reparos en mostrar mi disfrute y goce sin limitaciones ni tapujos.

Jorge se quedó a dormir ese día conmigo. Y el domingo por la mañana, mientras estábamos desayunando, apareció mi novio, con cara seria. Entendí que de resaca.

—Hola... —dijo mientras abría la nevera y bebía agua fresca.

—¿Resaca? —le pregunté yo divertida.

—Un poco... --me contestó evitando mi mirada--. Ayer Luis nos dio a probar una nueva ginebra que está de moda, y me tomé tres o cuatro gin-tonics...

—No me extraña. Yo si bebo eso me caigo muerto... —comentó Jorge.

—Yo no te dejo beber eso, cielo —le dije besándolo en la boca y recostándome en él—. ¿Has dormido bien, cari? —me dirigí ahora a mi novio, sin poder evitar una pequeña carcajada, mientras miraba a Jorge que lo disimulaba más que yo, pero hacía también esfuerzos por no reírse.

--Mamen... --me reprendió con la mirada Jorge.

La razón de nuestra diversión era que cuando notamos que subía Nico por las escaleras, yo estaba a gatas en la cama dejando que Jorge me lamiera el culo y el coño y no me apeteció abrirle la puerta y detener el placer que me sobrevenía en ese momento. Era el segundo polvo y por nada del mundo lo hubiera detenido. Luego me la metió y fue cuando empecé a gemir como una posesa, escuchándome sin duda, Nico. Y seguidamente, una vez que me corrí, me tumbé en la cama, boca arriba, para chuparle la polla y los huevos a Jorge hasta que se él también se corrió encima de mí, soltando un ronco susurro de placer a la vez que una buena descarga de semen.

Él me trajo unas toallitas para limpiarme, pero decidí ir a ver cómo estaba Nico con toda la lefa de mi amante salpicando mis tetas y mi vientre. Jorge era partidario de no martirizarlo tanto e

intentó detenerme, pero yo, más perversa y malévola que él, abrí la puerta y me dirigí hacia el dormitorio de invitados, mientras le tiraba un beso desde el quicio de la puerta a mi muñeco.

Entré directamente, desnuda y llena de semen al cuarto donde descansaba mi chico.

—¿Estás bien? ¿Duermes? —le pregunté en voz baja.

Pero Nico, o bien se hizo el dormido, o lo estaba. Sin duda, había bebido algo más de lo debido.

Me volví a aguantar la risa volviéndome al dormitorio.

—¿De qué te ríes?

Miré a Jorge preguntándole con la mirada si se lo contaba. Se encogió de hombros, por lo que se lo solté todo y ya no pude evitar la carcajada. Jorge, disimuló girando la cara, mucho más comedido. Mi chico tardó en sonreír, pero a pesar de todo, lo hizo. Volví a notar de nuevo cierta pesadumbre en él, pero como volvió a estirar una sonrisa, no le di mayor importancia. Pensé que todo aquello sería lo normal, hasta que ambos nos acostumbráramos por completo a esta forma de sexualidad.

La conversación me puso cachonda. Era inevitable, teniendo además a mi lado a Jorge con un pantalón corto únicamente. Nico nos observaba a ambos con cara extrañada, sin saber muy bien a qué atenerse.

—Pobre, me da pena... ¿Me dejas que se la chupe? —le dije a Jorge con un mohín pícaro—. Mira el paquete de su pijama. —Volví a reírme.

—No seas tan mala... —me dijo Jorge empujándome muy ligeramente por los hombros para acercarme a mi chico.

—¿Quieres? —le dije a Nico.

—Sí... claro. —Noté su contestación algo indecisa; pensé que era porque estaba entre excitado y avergonzado por mi naturalidad con Jorge.

—Siéntate en la encimera —dije palmeando el lugar más cercano a mí, mientras me despojaba de la camiseta del pijama, tirándole sin preocuparme dónde caía y dejaba mis tetas al aire.

Mi chico se subió dócil y con rapidez. En ese momento me di cuenta de que la excitación había vencido a esa especie de molestia que parecía tener. Sonreí para mí. De nuevo, elucubré que en cuanto los dos llegáramos al mismo punto de la aventura sexual que habíamos iniciado, él volvería a estar totalmente feliz y alegre.

—Si no te bajas los pantalones me va a ser difícil...—solté de nuevo una risita.

—Claro... disculpa. —Se levantó de nuevo, quitándose la ropa y desnudo subió a donde yo le decía. Tenía la polla totalmente estirada apuntándome directamente.

—Creo que me va a costar poco... —Me volví a reír mirando a Jorge. —El gesto de Nico, otra vez, denotaba una incomodidad sombría.

Decidí dejar de cachondearme y esmerarme en lo que iba a hacer. Me incliné y se le empecé a chupar. Tal y como yo pensaba, mi chico no tardó en empezar a sentir los primeros síntomas del orgasmo. En efecto, no más de dos minutos después, Nico eyaculaba una buena cantidad de semen al que ayudé haciéndole los movimientos de la paja mientras salía su esperma. Esta vez sí me calló parte en mi cuerpo, sobre todo en el pecho y algo en la garganta.

—¿Ves? Muy poco tiempo. —Le di un sonoro piquito en los labios

Todavía manchada, cogí de la mano a Jorge.

—Y ahora corazón, vamos a que me echas un buen polvo. —Habíamos dado un par de pasos y me acordé de Nico— ¿Quieres subir? —le dije girando la cara hacia él que seguía limpiándose el semen que le había goteado.

Él se quedó un momento quieto. Sentí su mirada extraña, pero al momento, recompuso el gesto y nos siguió.

Era viernes por la noche y Nico estaba preparándose para un viaje de trabajo. Jorge había estado conmigo el miércoles en un hotelito de las afueras, por lo que ese día, y sabiendo que mi chico se iría temprano al día siguiente, pensé que lo mejor era no quedar con él. Tenía todo el fin de semana, porque Nico no regresaba hasta el domingo por la tarde. El viaje era a Canarias, para la construcción de un complejo hotelero en donde su estudio llevaba una parte.

Terminamos de cenar y nos subimos a la terraza. Las noches eran muy buenas, sin todavía el calor de verano abochornante de Madrid y con un ligero viento que corría y refrescaba.

Me subí mi té y el de mi novio que a esa hora siempre regaba las plantas. Eran las diez y cuarto pasadas. Nos sentamos en la mesa y yo estiré los pies embutidos en unas manolequinas para andar por casa. Eché la cabeza hacia atrás y respiré la buena noche que hacía. Mi chico me descalzó y cogió mis pies con sus manos masajeándoles ligeramente. Me gustaba mucho si no llegaban a hacerme cosquillas y él sabía el punto exacto cuando me empezaban.

—¿Verás a Jorge mañana? —me preguntó en voz queda.

Lo miré. Intenté ver si esa pregunta encerraba algo más que el simple comentario.

—Supongo que sí... —dije bebiendo un sorbo de mi taza de té.

—¿Solo supones? —sonrió un poco nervioso.

—Sí, bueno, nos veremos. Ya lo hemos hablado, cari.

—Tienes la casa para ti sola. —Volví a notar un punto de nerviosismo en su voz.

—¿Me incitas a tener un fin de semana de sexo con un tipo guapísimo en casa mientras tú viajas? —le pregunté con una pequeña dosis de guasa.

—Bueno... entiendo que te apetece.

No dije nada, pero sonreía pensando en ello.

—No me dices nada... —insistió Nico pasados unos minutos.

—Claro que me apetece a follar con él, cielo —bajé un poco la voz y miré a ambos lados—. Pero nos van a oír los de al lado.

—El vecino más próximo está a treinta metros. No nos oye.

—¿Quieres que te lo diga para ponerte cachondo? —le dije acariciando con mi pie derecho su entrepierna y metiéndolo por una de las mangas de su pantalón corto.

—Reconozco que me pone, sí...

Me senté a horcajadas en sus piernas y me desabroché la camiseta del pijama dejando una buena abertura para que viera o tocara mis tetas.

—Voy a follar con él seguro. Todos lo que pueda. Y el domingo cuando regreses, seguiremos follando. —Lo besé y mi chico gimió de excitación. Yo sabía que le gustaba escuchar eso.

Por eso le di a mis palabras un toque de sensualidad exagerada buscando la excitación de Nico, que respondió enseguida. Lo bueno o malo, según se mirara, era que no mentía. Esos eran mis planes. De hecho, había dejado el fin de semana libre, sin pádel, ni piscina, ni gimnasio, ni comidas, ni cenas con amigas. Pretendía que fuera dos días de sexo total, de desenfreno y de lujuria desatada.

Empecé a besarle despacio, tiernamente. Recorriendo su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja, mientras apretaba mis tetas contra él. Pero me detuvo. Extrañada, le miré a los ojos.

—Me da miedo dejarte a solas con él... —me dijo evitando mis pupilas y en un susurro, pasados unos segundos, mientras me rodeaba con los brazos por dentro de la camiseta y recostaba su cabeza en mi pecho.



—¿Por qué?

—Cuando te veo con él, cómo lo miras, cómo follas, cómo bromeas, cómo hablas... Siento que puedo perderte.

Su voz sonaba apagada, triste.

—Cielo, ni se te ocurra pensar en eso. Yo te quiero a ti.

—Lo sé. Pero también soy consciente de que Jorge no es solo un *scort* con quien follas... Te gusta y... El otro día en el desayuno... Fue humillante tu guasa.

—Cari, no era mi intención herirte, te lo juro, solo divertirnos...

—... déjame terminar —mi chico resopló ligeramente, bajó la voz y respiró—. Sé que disfrutas con él más que conmigo, que deseas verlo, que este fin de semana te vas a hartar a follar, saldrás a tomar una copa, a cenar... No sé. Por un lado, me atrae, pero empiezo a sentir algo de miedo.

—¿Quieres que deje de verlo?

No me contestó.

Tomé su cara con ambas manos e hice que me mirara. Tenía un halo de tristeza en los ojos.

—¿Quieres que deje de verlo? —repetí acariciándolo con los dos pulgares de mis manos sus mejillas.

—No lo sé... me excita tanto verte con él que creo que sería incapaz de pedírtelo. Me fascina verte tan cachonda con él, cuando me cuentas lo que hacéis, o cuando participo... Es sublime, de verdad. Sé que no lo entiendes, pero disfruto. Lo que pasa es que creo que hay algo más que sexo con él. Esa mañana, cuando durmió aquí y os subisteis a follar otra vez, pensé en no ir con vosotros. Ne sentía mal... abochornado. —Se detuvo y yo le deje continuar—. Es raro lo que me pasa. Me excita y me da miedo... —Respiró y calló un instante—. Por la noche, cuando llegué de la partida de póker, os escuché y no te puedes imaginar lo que me excitó. Te oí entrar al cuarto, pero ya me la había... —hizo el movimiento de hacerse una paja.

—¿Te la cascaste? —Abrí mucho los ojos sorprendida.

Asintió.

—Cari, no hagas eso... —le di una ligera palmada en su hombro fingiendo enfado—. Me gusta que nos veas y que participes.

—Esa noche, no parecías muy dispuesta a ello...

—Llegaste en medio de la follada... estaba muy caliente, y... Disculpa, tienes razón, se me fue la cabeza —terminé admitiendo.

—A eso me refiero... Hay momentos en que te dejas llevar y... no sé. Me duele cuando te veo así con él y lo comparo conmigo. —Ví pena, lástima y temor en sus ojos.

—Siento que lo pasaras mal esa noche y en el desayuno. Te pido perdón, mi amor. No volverá a pasar. Y de verdad... son bromas porque pienso que te excita. Posiblemente no sean muy oportunas. Te pido perdón, cari. —Lo besé en los labios y lo abracé.

—Vale. Olvidémoslo. A mí me gusta que te lo montes con él y que seas hoy mucho más viciosa y perversa que hace un mes... —Se encogió de hombros—. Qué le voy a hacer...

—Nico, cuando estoy metida en el tema... Me es muy difícil parar. No me controlo. Me conoces y sabes que soy así. Pero no lo hago con malicia.

Se encogió de hombros.

—Ya... sé que eres así. Pero, no sé... Me gustaría que en determinados momentos te cortaras un poco.

Asentí despacio. Sabía que era mucho más fácil decirlo que de hacerlo...

—De verdad, Nico. Tú eres mucho más importante que él. ¿No te importa que siga viéndolo? Dime la verdad... Pero en serio. Por favor.

Negó despacio con una pequeña y amarga sonrisa en la cara.

—No quiero que sufras... ni que lo pases mal. Por favor dime que pare cuando me esté pasando porque sé que pierdo el control a veces. Esto era para divertirnos, ¿no?

—En el fondo me divierto... A mi manera. Tú a la tuya, yo... de otra forma. Pero tengo miedo a que termines enganchándote de él.

—Cielo... me da cosa verte así. Dejo de verlo y punto. Terminemos con esto y volvamos a nuestra vida, Nico. No nos hace falta.

Él se quedó mirando a un punto indeterminado del cielo. Pensaba o rumiaba alguna respuesta sin duda.

—Mamen —respiró e hincho el pecho—. Quiero que sigas follando con él, me gusta que te haga disfrutar, que seas capaz de hacer cosas que antes ni te imaginabas, que te atrevas a probar, la especie de trío que hicimos. —Le costaba continuar hablando—. Solo quiero que no traspasemos los límites de nuestra convivencia. Que tengamos respeto el uno por el otro. Y si por un casual, nos hacemos daño, que seamos capaces de pedir perdón... Pero, sobre todo, quiero que recuerdes que te quiero y que me dejes participar en esta fantasía...

—Te quiero, mi amor. Con locura. Siempre te querré.

Nos quedamos en silencio. Él me abrazó. Yo me quede pensando en sus palabras. Nico me importaba, sin ninguna duda era mi hombre. Pero no podía evitar que Jorge me tenía, de alguna forma, enganchada a través de ese sexo tan magnífico.

—¿Entonces, este fin de semana...? —Pregunté— ¿Quieres que lo vea o no? Nico, dime la verdad...

—Bueno... A fin de cuentas, no voy a estar aquí. No voy a ver lo que hacéis. —Se quedó callado de nuevo—. Solo quiero que no te olvides de mí, que esto solo sea sexo y que, si en un momento nos daña de verdad. Lo dejemos.

—Cielo... Si prefieres que no lo vea, me voy contigo a Canarias. Me quedo en el hotel, tomo el sol, salimos a cenar... Lo que sea. De verdad, Nico.

—Como te digo, me excita mucho pensar en que estás con él. Solo busco... No sé cómo explicarlo. Tener algo de decisión en esta experiencia. Que no vayamos por libre...

Noté que usaba el plural para no acusarme a mí directamente de haberlo hecho.

—Prometido, Nico. No volverá a pasar. Y en cuanto me digas que lo deje, se acabó Jorge.

Él asintió con una sonrisa amplia. Me abrazó.

—...y que el domingo cuando llegue, sigáis aquí y me dejes participar. —Dijo riéndose al fin para terminar con esa conversación

—El domingo vamos a tener la mejor follada de nuestra vida... Te lo prometo. Y ahora, cari, vamos a la cama, que ese empalme que llevas hay que bajarlo como sea.

No podía negar que iba contenta. Sabía que aquel pensamiento no era el más adecuado, pero deseaba ver a Jorge y tenerlo el fin de semana para mí sola. Y sí, quería a Nico, mucho. Pero las cosas son como son...

Quedé con Jorge a las once y media del sábado en nuestra casa. Tenía que estar atenta porque no quería que le vieran vecinos. Iba a estar conmigo un fin de semana entero y aunque en mi portal solo éramos ocho viviendas, no había que fiarse. Y un tipo como Jorge, destacaba mucho.

Estaba en la ventana del salón cuando lo vi llegar en su coche. Conducía un todoterreno de tamaño medio nada ostentoso, de color gris oscuro. Llevaba una maleta pequeña y una caja de

champán y algo de caviar. Me había prometido a mí misma que lo terminaría bebiendo ese fin de semana.

Abrí la puerta antes de que llamara al timbre. Cuando estuvo dentro lo abracé y besé. Tenía ganas de verlo. Estaba guapísimo, con un ligero moreno que hacía que los ojos, el pelo y los dientes resaltaran más aún.

—Te comía... —le dije justo antes de besarlo otra vez.

—Vaya recibimiento... Estoy por salir de nuevo y que lo repitas.

—Ni se te ocurra... de aquí ya no te vas.

—¿Y qué vamos a hacer todo el fin de semana encerrados?

—Follar, ¿algún problema?

—Ninguno —se rio y me elevó llevando mi cara hasta la suya. Me dio un beso suave, tranquilo.

Ambos sabíamos que había tiempo de sobra y no había prisa por empezar con la maratón de sexo, pero también que no nos aguantaríamos mucho sin tocarnos ni follar.

Nos contuvimos hasta casi la hora de comer, pero un poco antes de las dos, yo ya no podía más. Deseaba tocarlo y que me la metiera hasta el fondo. Le vi desde la cocina, sentado en el salón mirando a la televisión. Me fui hasta él despacio, quitándome la camiseta y dejando las manolestas por el piso en uno de mis pasos. Me desabroché el pantaloncito corto blanco, lo dejé caer junto a mis bragas y avancé hacia él. Me miró, sonrió y se puso de pie.

—Cariño, no aguanto más sin que me la metas...

—Pues no se hable más —me dijo despojándose del pantalón corto que llevaba y dejando al aire su polla aún morcillona.

Le llevé de la mano al sofá, a ese en donde me había follado por primera vez a gatas. Se sentó y yo empecé a besarlo y a acariciarle el pene y los huevos. Me encantaba sentirla tan grande en mi mano, como crecía y se endurecía. En ese momento sonó la entrada de un mensaje de *Whatsapp*. Al principio no hice el menor movimiento y seguí con las caricias a Jorge.

—Cógelo, no sea que se trate de algo importante.

Sin dejar de tener su polla en mi mano, alargué la otra para coger el móvil. Era Nico.

—Es mi novio... —dije contestando a los mensajes para tranquilizarlo.

—¿Qué te dice? —se lo enseñé y Jorge leyó con una sonrisa.

Nico

«*Hola, preciosa. ¿Qué tal todo?*»

Mamen

«*Hola cari*»

Nico

«*Todo bien?*»

«*Estás ya con Jorge?*»

Mamen

«*Sí*»

Nico

«*Y?*»

Había dejado ahí la conversación y preferí que pasara el tiempo. En mi cabeza bullía una nueva travesura que esperaba que le gustara a mi novio.

—Hazme un vídeo —le dije a Jorge mientras agarraba bien su polla y la empezaba a chupar de nuevo.

—¿Un video comiéndomela...? —Jorge puso cara de extrañeza.

—Nico me ha pedido que le mande alguno.

—Y eso...

—No lo sé. Morbo, supongo.

—Preferiría no salir... —me dijo algo preocupado.

—Tranquilo... Solo me quiere ver a mí.

Jorge asintió. Aunque noté que le extrañaba aquello, aunque no le di la menor importancia.

Situó el móvil a la altura que pensó era suficiente y empezó a grabarme. Yo tenía el miembro de Jorge en la boca, subía y bajaba mi cabeza hasta que notaba el glande. Lo estaba haciendo despacio, más lento de lo habitual para que no se perdiera detalle Nico. Pasaron doce segundos.

—Vamos a verlo... —le dije a Jorge divertida.

En el video se me veía perfectamente cómo le estaba comiendo la polla a Jorge. Incluso daba la sensación de hacerlo lentamente, y parecer más viciosa, a propósito. Mi boca estaba llena, rodeando mis labios todo el grosor de su pene.

Nico

«Dime algo!!!»

—Voy a mandarle el vídeo... —dije manipulando el móvil y enviándoselo a mi chico.

Lo dejé encima de la mesa y seguí a lo mío sin importarme la respuesta

Nico

«Eres la mejor, preciosa»

«Vaya mamada!»

«Primer polvo?»

Cogí el móvil y tecleé un poco exasperada por su insistencia.

Mamen

«Sí»

—Es que, si no le contesto, no nos deja follar en paz... —le dije a Jorge interrumpiendo la mamada que había reiniciado y dejando de nuevo el móvil en la mesa.

—Pobre... Dale al menos esa satisfacción. Venga, contéstale. Y no te pases con él...

—De acuerdo... —lo cogí de nuevo—. Pero voy a hartarle a vídeos... —dije sonriendo

Mamen

«Te gusta?»

Nico

«Mucho!!»

«Quiero más!!»

Mamen

«Buf... ahora no puedo.

Voy a follar corazón...»

En efecto, nos pusimos a ello, aunque sonaron algunos pitidos más en el móvil demandando Nico más información. Jorge estaba también ansioso, lo notaba en la manera en que me bombeaba con ritmo más acusado y profundo. Noté que no tardaría en correrse.

—Aguanta un poco cielo... Quiero más de ti —le susurré

Detuvo sus acometidas y me cogió en vilo. Se recolocó la polla dentro de mí y empezó a penetrarme, él de pie y yo abrazada a él como un koala, con brazos y piernas. La notaba muy dentro, como si llegara hasta el final de mi cavidad vaginal. Jorge bombeaba con firmeza, empujándome por la cintura y haciendo que sus huevos casi chocaran contra mis muslos. Empecé a

gemir de placer, y él aumentó el ritmo al estar yo ya muy mojada. Me corrí sin remedio, abrazada a él y besándolo. Había sido un orgasmo de primera. Muy bueno.

Me dejó en el suelo, pero yo seguía con un ligero temblor en las piernas.

—¿Qué te pasa?

—Cielo, me he corrido como nunca lo había hecho... Eres el mejor, un sol... ¡Cómo me gustas! Y ahora te toca a ti, déjame que me recupere un poco.

—No te preocupes. Puedo esperar.

Me quedé sentada en el sofá, respirando, con una sonrisa y mirando a Jorge embelesada. Tenía la polla todavía erecta, pero me costaba erguirme e ir a por ella.

—Me das unos minutos y te hago la mejor mamada de tu vida, te lo juro...

Se sentó a mi lado y me rodeó con su brazo derecho. Yo fui a acariciarle el pene, pero me quitó la mano. Solamente me besó. Un beso limpio, largo, tierno.

—Esperemos a tu segundo.

—Eres un sol.

Vi el móvil y los mensajes de mi chico. Pero en ese momento no estaba para mandarle nada. Decidí esperar, entonarme y que la broma o la travesura me saliera sola.

Unos minutos después, tecleé.

Mamen

«Polvazo...»

«Me va a costar

superarlo

el domingo.

Bsss»

\*\*\*\*\*

A las seis de la tarde, echamos el segundo polvo. Empezamos en la cocina y terminamos en el salón de nuevo. Jorge me lamió el culo y me metió los dedos. Primero uno, luego dos y hasta tres. Me gustaba la mezcla de presión y gusto. Dudaba que me pudiera ensartar su polla ahí, pero lo deseaba.

Yo me corrí otra vez antes que él, me masajé el clítoris durante unos minutos para estar a tono, pero no lo conseguí hasta que me la metió a gatas en el sofá del salón, igual que aquel primer polvo que echamos, por lo que me preparé a darle una mamada brutal.

Le pedí de nuevo que colocara el móvil para grabar y mandársela a Nico. Hice que Jorge se sentara en el respaldo del sofá y yo me puse de rodillas en los cojines. Empecé a chuparla concentrándome en hacerlo lo mejor posible. Le manoseé los huevos, se los lamí y me ayudé con la mano para pajearle mientras la chupaba. De nuevo me avisó de la corrida, pero me quedé, dejando que otra vez su semen me salpicara, la cara, las tetas, el cuello y la boca.

Le lamí otra vez las gotas que quedaron diseminadas por su miembro con una sonrisa, y me la engullí de nuevo degustando ese sabor salado y penetrante de su esperma. Luego miré a la cámara, y lancé un beso con la mano.

—Le pondré a cien... —dije mientras me secaba el semen del cuello y mis tetas con papel de cocina—. Me gusta lamerte la polla cuando te corres.

—Eres fantástica.

Y sin más preámbulo, le mandé el video a Nico que no tardó en responder.

\*\*\*\*\*

Por la noche, después de cenar algo de caviar, salmón marinado y de tomar champán —

conseguí que Jorge tomara una copa y me reconociera que le gustaba—, nos subimos a la terraza. Apagamos las luces para que no vieran quiénes éramos y si oían voces que pensarán eran mías y de Nico.

Me senté enfrente de Jorge y le puse los pies en sus piernas. No tengo que decir que solo buscaba empezar a calentarlo para volver a follar. Me los tocó con suavidad. Él hablaba bajo, en un medio susurro.

—¿Te puedo preguntar algo serio? —le dije.

—Claro.

—¿Has estado con muchas mujeres?

—¿Cuántas son muchas...?

—No sé... cien, por ejemplo.

—¿Eso importa...? —Me dijo tras un corto silencio.

—Es simple curiosidad.

—He estado con bastantes. Sí. —Admitió unos instantes después.

Me entró una especie de desazón. Era un sentimiento absurdo, cercano a una especie de celos de cría que me resultaba complicado de asumir.

—Y gente como yo... quiero decir, comprometidas, con novio o casadas —insistí.

Asintió otra vez.

Volvió a recorrerme ese pequeño látigo de rabia.

—Pero no como tú... —añadió un segundo más tarde.

—¿Por qué yo soy diferente? —le pregunté, obviamente halagada.

—Eres guapa, inteligente, tienes elegancia, estilo... Muy sensual. Si quisieras, tendrías a muchos hombres a tus pies.

Me acerqué a él, me senté en sus rodillas y lo abracé.

—¿Te tengo a ti? —lo miré a los ojos con ternura buscando algo que yo misma evitaba definir. Pero deseaba una respuesta.

—Estoy aquí contigo...

—¿Eso qué significa?

No me contestó, pero a su vez me miró profundamente y por primera vez vi algo de duda en sus ojos. No sabría explicarlo, pero le sentí débil y necesitado. Me acarició mis mejillas mientras me seguía mirando en silencio. Lo besé con toda la ternura que pude. Juguetearnos con nuestras lenguas un rato y lo abracé, poniendo mi cabeza en su cuello y sintiendo su pecho y sus latidos en el mío. Me sentía muy a gusto así con Jorge. Entonces me acordé de lo que Nico me había dicho. Sí, era cierto. Me gustaba mucho, y no solo follar con él.

Sentí sus manos en mi espalda, bajando hasta mi culo. Empecé a besarle por el cuello y a pasarle lentamente la lengua. Le gustaba y sabía que lo entonaba. Al poco, él también busco mi boca para besar me y uno de sus dedos se deslizó hasta mi ano, empezando a masajearlo. Gemí de placer. Sin mediar palabra, me cogió en vilo y nos metimos en el dormitorio.

—Me gustaría que me la metieras por detrás... —le susurré al oído.

Nos desnudamos, y me colocó a gatas mientras que me trabajaba el ano. Lo lamió, lo chupó, metió la lengua y luego uno y varios dedos. Estaba gozando mucho, con una mezcla de gusto y de pequeños brotes de dolor contenido y en cierta medida, agradable. Paró un momento y le vi masajearse su pene, untando algo en él. Luego lo hizo en mi ano. Un segundo más tarde, sentí la presión de su glándula en mi estrecha apertura. Le miré por encima de mi hombro.

—¿Va a caber?

No me dijo nada, me acarició la espalda y siguió empujando con suavidad. Notaba como milímetro a milímetro su glánde entraba en mi culo. Lo estaba haciendo despacio, con cuidado de no lastimarme. Yo sentía una gran presión en mi conducto anal, pero, aunque me oprimía, también sentía un placer muy profundo y electrizante.

Volvió a untar en mi ano aquella especie de gel o de lubricante y sentí de nuevo un pequeño avance dentro de mí. Empezó a bombear con mucho cuidado, despacio, casi con mimo.

—¿Qué tal?

—Bien... —susurré—. ¿Ya está dentro?

—Bastante... pero no sé si puedo seguir, te falta dilatación y me da miedo empujar.

—Inténtalo un poquito más. Me gusta...

Empujaba muy despacio, milímetro a milímetro consiguiendo aumentar mi satisfacción y placer. Al poco, tras unas ligeros y suaves golpes de cadera de Jorge, sentí que me invadía un espasmo seguido de una especie de orgasmo corto y muy penetrante. Tras varios gemidos de placer, me quedé sintiéndolo aún dentro de mí. Me tomé un respiro y le miré complacida por encima de mi hombro.

—¿Ya? —me preguntó sin aún sacarla de mi culo.

—Por ahí sí... —le dije invitándole a continuar por la vagina—. Métemela en el coño...

Noté que la sacó, me volteó y me puso mirando hacia él. Me penetró después de limpiarse bien la polla y me embistió con fuerza en repetidas ocasiones llegando hasta el fondo. No tardé en correrme de nuevo soltando un suspiró prolongado y ronco desde lo más profundo de mí. Me sentía plena, exhausta y satisfecha.

Jorge se sacó la polla y empezó a pajearse, colocándose con las rodillas a la altura de mi vientre. Yo tenía su pene cerca de mis tetas. Cuando noté que ya iba a correrse, elevé un poco la cara y el pecho ayudándome con los codos. A los pocos segundos, una cascada de semen me salpicó el canalillo y parte de la cara. Se limpió las últimas gotas de esperma en mi ombligo, porque no me dejó lamérsela.

—No creo que sepa muy bien con el lubricante anal —me explicó.

Se quedó de rodillas en la cama, sin llegar a descargar su peso en mí y le acaricié los muslos.

—¿Me la has metido entera?

—Entera no, pero un tanto así, sí —me hizo un gesto con el índice y el pulgar. Alrededor de unos cuatro o cinco centímetros.

—No es mucho...

—Algo es algo... —Y se rio abiertamente, imitándole yo.

Me alcé, y aún toda regada de semen suyo, me tiré a su boca, besándolo con intensidad.

—Lo teníamos que haber grabado para Nico. Le hubiera encantado, estoy segura... —le dije riéndome.

—Eres muy morbosa...

—Mucho, cielo —volví a besarlo—. Tenemos que pensar en una maldad para cuando venga el domingo.

—¿Y eso? No te pases con el pobre Nico. No se merece que te rías de él...

—No me río. Son bromas... Lo hemos hablado, tranquilo, cielo. Además, él me lo ha pedido —protesté dándole una ligera palmada en el hombro.

—¿Qué te ha pedido?

—Pues que le mande algún vídeo. Ya te lo dije...

—¿Crees que le gustará...? --pregunto extrañado.

—Sí... Él también tiene su lado morboso.

Noté que se quedó pensativo. Luego me miró con una sonrisa.

—¿Pasa algo?

—No... que me extraña lo de los vídeos. Simple curiosidad... —Se encogió de hombros.

—Pues eso... que hay que prepararle una sorpresa.

—Una sorpresa, ¿de qué tipo...? Ya nos ha visto follar, has estado con los dos... ¿Una chica?  
—se rio moviendo su tableta.

—Ni de coña... No me va nada el rollo bollo. No sé, algo que le pueda poner mucho... —De pronto, empecé a sonreír con lentitud—. Se me ocurre una cosa, pero necesito tu ayuda, cielo.

—Te temo cuando te ríes así...

Le expuse mi idea.

Dormimos juntos, como una pareja de novios. Él se durmió pronto, un poco antes de las doce, y me quedé observándolo respirar. Su pecho, amplio y fuerte, subía y bajaba emitiendo un suave ronquido que no molestaba. Pensé en mi chico, en Jorge. En mí. Quería a Nico, de eso estaba segura. Y tampoco dudaba de que Jorge me atraía mucho. Era obvio e indiscutible que me encantaba el sexo con él y nos complementábamos perfectamente, como si lleváramos haciéndolo años. En algunos momentos dudaba si ya no era únicamente una pasión sexual. Lo cierto era que me gustaba mucho, y quería seguir follando con él todo lo que pudiera.

Pasé mi dedo por sus pectorales fenomenalmente esculpidos, su cuello, ancho y fuerte, sus abdominales marcados sin exageraciones, sus torneados bíceps, su barba de tres días y por sus labios finos y suaves. Noté su respiración tranquila y me gustó su placentera quietud. Lo abracé, recosté mi cabeza en su pecho y escuchando los latidos de su corazón me imaginé cómo sería una vida con él.

Me dormí poco después, pero algo hizo que me despertara a las dos horas, de golpe. Casi nunca lo hacía, porque yo por suerte, tenía un sueño tranquilo y sin interrupciones. La razón era que entraba una ligera brisa a la habitación por la puerta abierta de la terraza y movía las cortinas. Palpé el lado en donde dormía Jorge, pero no estaba. Me levanté y miré al exterior. Allí estaba, con los codos apoyado en la barandilla de la terraza y la cabeza baja. Me dio la sensación de que pensaba en algo.

Dudé si acercarme o no y lo observé unos instantes. Parecía meditar y tenía el gesto preocupado y serio. Me acerqué a él arrebujándome en una camisola que utilizaba para andar por casa. A pesar del verano, corría un vientecillo que, por la madrugada, y estando semidesnuda, me hacía sentir un poco de destemple.

Cuando llegué, lo abracé con delicadeza por la espalda y él me acarició el antebrazo. Recosté en ella mi cara y aspiré el olor de su piel.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Me he desvelado...

—¿Te pasa algo?

—No... —pero no me miró. Continuó con la vista en algún lugar de las luces de Madrid.

—¿En serio? ¿Te ha molestado algo? Te pido disculpas, si lo que te he preguntado antes...

—Mamen, no has hecho nada —me cortó con suavidad y rapidez, volviendo a acariciar mi antebrazo y llevandoselo a los labios.

—Vuelve a la cama, anda —Le pasé las manos por su pecho y le besé repetidas veces en la espalda. Él suspiró y agachó la cabeza.

—Voy ahora mismo.



—Me quedo aquí contigo.

Se volvió y me miró otra vez con esa mirada algo triste. Me observó unos segundos.

—Eres preciosa... —susurró despacio y muy bajito.

Me alcé de puntillas y lo besé y abracé con ternura.

Cuando separamos los labios, fue a decirle algo, pero yo puse mi dedo índice en sus labios. Le tomé de la mano y me siguió dócilmente al dormitorio.

Amanecimos a eso de las nueve y media de la mañana. Yo no soy muy madrugadora y por lo que sabía por el día que durmió en casa, Jorge tampoco. Ambos con ocho horas, teníamos suficiente. Había recibido un mensaje de Nico, diciéndome que a las seis y media aterriza en Madrid. Bueno, y también me comentaba el último vídeo, yo llena de semen de Jorge. Me recordaba que le había prometido una sorpresa el domingo cuando llegara. Sonreí maliciosamente al pensar en mi idea.

A las once y poco, nos duchamos juntos y follamos de nuevo. Yo le comí la polla en medio del agua cayéndonos a ambos y él me folló contra una de las paredes de la ducha de nuevo en el culo y con una mezcla de jabón y lubricante, consiguiendo, más o menos, el mismo resultado que el día anterior. Ninguno tuvimos problemas en correrlos, pero esta vez, dejé que lo hiciera dentro de mí, me apetecía sentirle dentro, y lo hice.

Nico, a eso de las seis y media, me avisó de que estaba a punto de llegar. Jorge y yo nos habíamos estado riendo mientras imaginábamos la tortura para mi chico que debía venir deseando vernos en acción.

A las siete sonó el telefonillo.

Le abrí, desnuda y con taconazo. Esta vez unas sandalias color *beige*. Le sonreí abiertamente.

—Hola cari.

—Buf... qué ganas tengo de verte...

—De vernos... —le corregí cerrando la puerta y dándole un beso.

—Bueno eso... ¿Jorge sigue aquí?

Asentí.

—Te estamos esperando. En el dormitorio... —le dije todo lo sensual que pude en su oído.

—Me ducho...

—Tse, tse... No te da tiempo cariño, salvo que te quieras perder la follada.

—¿No me da tiempo?

—Tú verás... —Y me encaminé despacio y dejando que sonaran los taconazos en el suelo de nuestro piso. Cuando iba a tomar el primer escalón para subir nuestro dormitorio, Nico dejó la maleta y me siguió con una sonrisa.

Cuando entró, se quedó, literalmente de piedra. Yo avancé hasta nuestra cama con tranquilidad, y me senté en ella mientras me quitaba las sandalias y posteriormente gateaba hasta situarme entre ellos.

Sí. Esa era la razón por la que mi chico no salía de su asombro. No solo estaba Jorge, sino que un segundo hombre de parecidas características, solo que más moreno de piel, sonreía a mi novio desde la cama mientras me acariciaba un pecho y me besaba en la mejilla.

—Este es Willy. —Lo señalé un tanto displicente—. Es un amigo de Jorge... —lo besé en la boca con una sonrisa malvada—. Ya si eso, cariño, te lo presento luego y charláis cuando terminemos. ¿Podemos liarnos ya, corazón?

Nico tenía los ojos abiertos como pocas veces lo había visto así. No pude evitar reírme y soltar una pequeña carcajada. No contestó, porque solo miraba a uno y a otro, y después a mí que

lo contemplaba sonriente, divertida por su inacción y resuelta a follarme a dos tipos delante de él.

—Aunque no diga nada, creo que podemos empezar —les susurré a Jorge y a Willy en una media voz, y lo suficientemente alta para hacerlos sonreír y que mi chico lo escuchara, que era a quien en verdad iba dirigida mi broma.

A partir de eso momento, casi me olvidé de que estaba mi chico y empecé a chuparle la polla y los huevos al tal Willy, un mulato claro, dominicano de nacimiento, pero que llevaba en España varios años de monitor de zumba. Bueno, y *scort* cuando se terciaba, como ahora. La tenía también grande, de menos grosor, pero de parecida longitud a la de Jorge. De hecho, cuando le propuse ayuda a Jorge para preparar y sorprender ese domingo a Nico, una de las cosas que le pedí es que fuera un tipo guapo, de buen cuerpo y bien dotado. No tardamos mucho en dar con él, proponerle el tema, y que aceptara encantado en cuanto vio mi foto.

Fue una muy buena follada, tal y como le prometí a mi novio el viernes por la noche. Me corrí la primera vez cuando Willy, que era un huracán, me empaló por atrás, mientras me tragaba con deleite todo lo que mi boca podía abarcar del miembro de Jorge, y no dejó de bombear con una regularidad y aceleración que me dejaron asombradas. De hecho, en un momento dado, tuve que sacarme el pene de mi muñeco de la boca, porque los empujones y la velocidad del dominicano me estaban llevando directamente a la gloria y temía hacerle daño a Jorge en un momento dado, si alcanzaba el éxtasis como todo parecía indicar.

No tardé mucho en alcanzar un orgasmo largo, templado y que paulatinamente me recorrió entera. Cuando me corrí, aun mantuvo unas pocas acometidas, porque también él alcanzó el orgasmo instantes después. Fue una buena corrida, sin duda, y me duchó la espalda de semen. Habíamos decidido que ninguno usara condón, tampoco el dominicano por muy nuevo que fuera para mí.

Willy, se tomó un ligero descanso y nos dejó a Jorge y a mí continuar follando, pero de forma suave, porque yo quería mantener el trío y que Nico me viera disfrutar con los dos. Así que, contuve a Jorge todo lo que pude, y durante quince minutos, se la chupé a los dos, me la metieron ambos en diferentes posturas y Jorge me acarició el clítoris para ir ascendiendo mi excitación.

Hice el misionero con Willy y con Jorge, los dos me embistieron como sementales estando yo a gatas y cabalgué como una auténtica amazona a mi muñeco, mientras sostenía la polla del dominicano en una mano y la pajeaba, haciéndola volver a crecer. Lo conseguí, aunque ya se había corrido encima mío.

Jorge me avisó entonces, para sacar su pene de mi vagina, pero se lo negué levemente con mi cabeza y lo besé en el cuello, en medio de la cabalgada frenética y salvaje que le estaba propinando. Se corrió dentro de mí otra vez con un fuerte espasmo y un gruñido de satisfacción enorme. Cuando se relajó, lo besé de nuevo con pasión. Nico, se percató de que Jorge no eyaculaba encima de mí, ni en mi cara, ni en pecho, y que, a los pocos segundos, se deslizaba fuera de mi vagina, lentamente su semen. Me miró sorprendido, a lo que yo le contesté con un ligero alzamiento de hombros.

—No es la primera vez, cielo... —Nos reímos Jorge, Willy y yo. Mi chico tardaba en reaccionar con estas bromas.

Sentado en el butacón, no daba crédito y se acariciaba la entrepierna, ya con un empalme brutal. Al dominicano, que se había venido arriba al ver la escena, tuve que chupársela un par de minutos después, y pajarle para que me regara una segunda vez con su esperma, pero esta vez en mis tetas y en mi tersa tripa. En este mes, y no me extraña, había adelgazado casi un kilo y medio. No fue una descarga grande, porque acababa de correrse hacía poco, pero al menos, lo conseguí.

Me miró complacido, y con una sonrisa abierta y descomunal. Acercó sus labios a mi nuca y me dio un rápido beso en ella. Luego levantó un pulgar a mi chico y a Jorge.

En premio por su esfuerzo, también le lamí la polla recogiendo las dos últimas gotas de su semen, que sabía algo menos agrio que el de Jorge y era más tibio. Cuando terminamos, miré a mi chico, de nuevo cubierta de semen y con una amplia sonrisa.

—Buf... ¿bien, ¿no?

Seguía alucinado, sentado en una silla, con su pene en la mano y sin saber muy bien si pajearse o no.

—Yo que tú, me aguantaba... ya te la termino yo luego, cielo —le dije con un mohín picarón, mientras le tiraba un beso y recogía con la lengua otra gota de esperma de Willy que había aparecido en su glande.

—No iba a desperdiciarla... —Willy se rio con ganas, yo también. Jorge algo menos y Nico no sabía bien qué hacer ni a lo que atenerse.

\*\*\*\*

A las nueve ya solo estábamos en nuestra casa Nico y yo. Yo me estaba tomando un yogur y terminando el poco caviar que quedaba. No tenía mucha hambre a pesar de no haber comido mucho y de estar realmente cansada de tanto ejercicio sexual. Sí me abrí una *Coca Cola Zero* y no pude evitar acordarme de Jorge. Había sido un fin de semana maravilloso, pleno de sexo sin ataduras y de cosas nuevas. Ya me había estrenado en el sexo anal, en los tríos y en la raza negra. Sonreí maliciosamente para mí pensando en que apenas un mes antes, le había puesto pegas a un chulazo como Jorge en ese mismo salón el día que mi chico lo contrató por primera vez.

Respiré complacida. No veía a mi chico, por lo que subía nuestro dormitorio, que ya estaba presentable y no revuelto y con evidente olor a sexo, como hacía menos de una hora antes.

Estaba en la terraza y hablaba con alguien por el móvil Me quedé apoyada en la puerta recostando uno de mis hombros. Era y es un buen hombre; cariñoso, comprensivo, trabajador, se comportaba bien en la cama —aunque no se podía comparar con Jorge, o con Willy, que resultó ser una gratísima sorpresa, porque ellos jugaban en otra liga—, me cuidaba, estaba atento a mí... Y encima me había proporcionado a quien me estaba dando el mejor sexo que se pudiera imaginar.

Y era mono. Un sol. No se podía tampoco comparar con Jorge que era un pibón, pero mi chico tenía también su punto, con su cara de niño grande, su cuerpo a medio camino entre el gimnasio y el chiringuito, delgado y falto de cierta musculatura por falta de ejercicio, pero sensible y cariñoso. Lo quería, y me entraron unas ganas enormes de abrazarlo y achucharlo en ese momento, pero seguía hablando. Bueno, más bien escuchaba.

Colgó y me vio apoyada en la puerta de nuestro dormitorio que daba acceso a la terraza. Me sonrió durante unos segundos. Lo llamé. Cuando lo tuve frente a mí, le acerqué una cucharada del yogur y le manché la nariz aposta. Le di un lametazo en ella y lo besé. Era mi chico, y lo sería siempre.

A la hora del té, que en verano tenía que ser pasadas las diez, cuando ya era de noche y empezaba a refrescar algo, salimos a la terraza a charlar.

—¿Qué tal en Canarias? —alargué mis piernas hasta dejar mis pies en sus rodillas como hacía casi siempre. Él me lo acariciaba y a mí, me encantaba.

—Bien... El tema saldrá. Es un buen contrato. —Bebió de su taza de té y se quedó callado mirando hacia Madrid. Curiosamente hacia la misma zona donde me había encontrado a Jorge en mitad de la noche.

—¿No me vas a preguntar nada...? —le dije acariciando con mi pie su entrepierna y mirándolo

con toda intención.

Él me sonrió. Y dejó que yo manejara los dedos de mi pie derecho en su virilidad que empezaba a encabritarse.

—Esto empieza a crecer... Y aún no te he dicho nada.

—Ven —palmeó sus rodillas y me hizo sentarme en ellas—. Claro que quiero que me cuentes todo. Lo estoy deseando, pero ya sabes que me excita más si eres tú quien empieza.

Sí, lo sabía. Y por eso lo había hecho. Le acaricié el pelo y se lo alboroté por la frente. Lo besé con verdadero cariño.

—Ha sido un fin de semana bestial, cielo... —susurré en su oreja derecha, mientras le mordía ligeramente el lóbulo.

—¿Cuántos? —me preguntó.

—Pues... —hice como si tuviera que recordar—, cinco. Bueno en verdad seis.

—¿Te has corrido seis veces en día y medio?

Asentí despacio mientras le daba un ligero lametón en los labios.

—Bueno... cinco, y luego seis.

—¿Cómo que cinco y luego seis?

—Jorge me lo hizo por... —señalé mi trasero— y tuve un orgasmo pequeño, pero que no estuvo nada mal. Luego, me folló por el otro lado hasta correrme...

Mi novio me miraba con los ojos como platos otra vez. Reprimí una carcajada, me hacía mucha gracia verlo así, como atontado, mientras procesaba lo que le decía...

—También por el culo... —susurró.

—Bueno... vamos a ver. No toda, un poco así. —Le marqué el tamaño con mi pulgar y el índice de mi mano derecha. Quizá fue un poco más de lo que Jorge me había dicho, pero sabía que aquello excitaría a mi chico.

Se quedó boquiabierto.

Me reí de nuevo, ya sin disimulo mientras asentí despacio otra vez mientras volvía a colocar mis brazos alrededor de su cuello y empezaba a notar que su miembro se endurecía.

—Pues sí que ha sido un buen fin de semana...

—Brutal, te lo aseguro. El mejor...

—¿El mejor?

—¿De sexo? Sin ninguna duda, cielo...

—¿Lo repetirías?

—No lo dudes que en el próximo viaje que tengas, tampoco voy a parar de follar con Jorge. Bueno, invitaría a Willy todo el domingo, para el primer polvo. Ese también... —me señalé el culo.

—¿También por detrás?

Asentí despacio y con una amplia sonrisa

—Pero, ¿cuántas veces te la metido por el culo? —mi chico no salía de su asombro. Su gesto era de excitación y algo de dureza. Lo achiqué al asombro.

—Vamos a dejarlo que... en varias —le paseé la lengua por sus labios, los entreabrió e introduje mi lengua.

—Así me lo hace para calentarme...

—Y te gusta...

—Me pone muy cachonda, cari...

—O sea que el finde ha tenido de todo. Por los videos, me lo imaginaba... ¿Y lo del trío? —Su

sonrisa era algo tensa.

—¿No te ha gustado? —puse una cara exagerada de sorpresa e incompreensión.

—Me he quedado sin habla cuando he visto a...

—Willy.

—Ese... Buf.

—Y qué manera de follar, cielo... Es una máquina.

—¿Mejor que Jorge?

Meneé la cabeza dubitativamente.

—Son distintos. Jorge es más de carrera de fondo. Willy, velocista.

Mi chico sonrió con la respuesta.

—Por el culo, trío... Ya te queda poco por probar.

—Y no te olvides, que Willy es morenito. No muy negro, pero puedo considerarlo interracial, ¿o no?

—Sí... es verdad —se quedó pensativo—. Te gusto follarte a los dos...

—Mucho, cielo... —le susurré—. Mucho...

—He visto que Jorge se ha corrido dentro de ti...

—Tomo la píldora... —me encogí de hombros—. Y en este fin de semana lo ha hecho más veces... —Puse cara de inocente.

—Y que le has lamido la polla recién corrida a Willy... —¿Era una queja? Me pareció entrever algo de las sombras de ese día en la cocina...

—Se está convirtiendo en una costumbre, la verdad es que sí... —le pasé la lengua por el cuello muy despacio.

—Eres increíble. —Mi chico me besó.

—¿Tú lo has pasado bien? —le pregunté acariciándole la cara—. No quiero verte sufrir. A lo mejor me paso, como cuando te llevé esta tarde a la habitación y estaba Willy también. Son solo bromas, cielo, no pretendo herirte, ni humillarte. Te lo prometo. Creo que te excita... Y solo pretendo eso.

—Lo sé.

—Me entra la vena cachonda...

—Y estás cachonda en ese momento...

—Sí, también...

—Me gusta verte así...

—A esta polla —se la acaricié—, hay que darle un premio, ¿no crees?

Me quedé mirando a Nico dormido. Había sido un polvo extraño. No sé si eran imaginaciones mías o no, pero le había notado algo raro. Excitado, muy cachondo... Pero en cierta medida, ausente. Y Nico no era así. ¿Me había vuelto a exceder? Me lo habría dicho, pensé.

Salí a la terraza. Me quedé pensativa y con un rumor en la conciencia. Bueno, dos. Uno, estaba claro. Jorge me gustaba más de lo que yo creía. El segundo, era nuevo: Nico, por alguna razón, ya no parecía disfrutar de esto como al principio...

Nico

Minutos después del polvo, yo solía caer en un sopor placentero y relajado, pero esta vez, era diferente. Mi cabeza no paraba de dar vueltas a la idea de que Mamen había vuelto a sobrepassarse. Estaba en ese momento mirándola con una medio sonrisa que mezclaba mi estado de innegable excitación y la preocupación que ya, de forma inalterable, presidía mis pensamientos. Mamen veía la televisión a media voz en nuestro dormitorio. La pantalla de su móvil en ese

momento se encendió. Ella lo miró sin desbloquearlo y sonrió. Luego tecleó la contraseña y contestó al mensaje.

—Es Jorge, ¿a que sí...? —dije fingiendo estar ya entre sueños.

Ella asintió concentrada en teclear y sin dejar de sonreír.

Las veces que habían chateado entre ellos, Mamen no se había ocultado. De hecho, hablaba con total naturalidad de lo que se ponían. Me reconoció que él era más recatado que ella, que al segundo o tercer mensaje ya le decía algo caliente.

Llevaba así un minuto, tecleando, leyendo y sonriendo, cuando de pronto se levantó. Pensé que iría al baño, pero la escuché bajar los peldaños de la media escalera que descendía al salón. Me pudo la curiosidad, y sin que me viera la observé. ¿Por qué se había ido al salón?

Allí estaba, como una niña pequeña, tecleando, leyendo y sonriendo. ¿Era la primera vez que lo hacía? ¿Por qué no me decía nada como en otras ocasiones? Me quedé muy intrigado. Y, molesto.

Me sentí, parecido a haber sido traicionado. Era curioso, no me molestaba menos que se acabara de follar a dos tíos delante de mí, o que se hubieran corrido los dos en ella o sobre ella, que en el fin de semana hubiera experimentado el sexo anal... a un mensaje a escondidas. Bueno, no era así. Quizá, aquello era la culminación de un proceso en el que ya había entrado Mamen.

Estuvo tiempo, cerca de veinte minutos y ni siquiera miró una sola vez hacia las escaleras que llevaban a nuestro dormitorio. La sentí, por extraño que fuera, lejana y ajena a mí.

Me metí en la cama con desazón, muy molesto con Mamen. Sí, era egoísta porque yo había provocado esto para satisfacer una fantasía que ambos teníamos. Y a pesar de mi molestia por esos excesos de Mamen, no lo había detenido. Hubiera sido fácil... ¿O quizá ya no? ¿Era yo más culpable que mi novia por promover todo esto? ¿Había avanzado con Jorge más de lo deseable, como me imaginaba? Me torturé con ese pensamiento, incluso después de que ella subiera al dormitorio y se acostara. Yo, me quedé una hora, por lo menos, desvelado y dándole vueltas a aquello. Entonces decidí que ya no aguantaría más. Necesitaba decirle que esto no podía volver a suceder. Al menos, en los términos de completa libertad para ella sin que yo estuviera presente o siendo consciente de lo que pasaba. Decidí encontrar un momento para decírselo. Y ese, me dije, sería el momento en que me preguntara si podía volver a quedar con Jorge. Intuía que sería el miércoles o jueves de la semana.

Los días siguientes fueron una tortura. Mamen cambió la contraseña de su móvil. Lo sé, porque intenté saber el contenido de aquellos mensajes y no pude acceder. Obviamente lo hice a escondidas. No quería violar la intimidad de Mamen, pero me quemaba por dentro no saber qué había hablado con Jorge para irse de nuestro dormitorio. Leer sus mensajes sin su permiso me parecía que no era apropiado, pero necesitaba saber qué contenían. Sobre todo, para reafirmarme en la decisión que había tomado.

Aquello encendió, aun más si cabe, la luz roja, parecida a una alarma, que no paraba de sonar en mis pensamientos y reflexiones. Ya no se detuvo.

Llegó el miércoles. Y ella, a casa, a las once de la noche. Recién duchada. Supe que había estado con Jorge. Y tampoco reaccioné. Quizá fue la sorpresa, el enfado interior, la rabia, mi sentimiento de imbecilidad...

—¿Dónde has estado? —le miré aguantándome el reproche que sentía, aunque seguro que me lo notó.

—Con Jorge... ya sabes —me dijo encogiéndose de hombros, con una ligera sonrisa y cambiándose su ropa de trabajo por el pijama de pantalones cortos y camiseta de tirantes que usaba para estar en casa los días de calor como aquel.

No comentó nada más. Ni un gesto pícaro, ni una insinuación a que subiera al dormitorio para follar conmigo mientras me lo contaba, como había sucedido siempre que se veían y yo entendía como nuestro trato y mi parte de satisfacción. Demasiada naturalidad en su comportamiento.

Ya en la cama, esa noche, mientras volvía a chatear con él, me arrimé a ella con mi pene dispuesto, porque a pesar de mi sensación de molestia, seguía sintiendo un morbo brutal sabiendo que había estado follando otra vez con Jorge. Yo mismo me lo recriminaba, pero no podía aguantarme.

—Me tienes que contar lo de hoy... —la dije ronroneando en su oreja mientras la mordisqueaba el lóbulo.

—Sí, cari, un segundo... —dijo mientras terminaba de escribir en su móvil.

—¿Es él? —creo que me salió una voz algo seca.

—No... Mila. —Mila era una amiga suya que trabajaba en un banco cerca de su agencia. Solían a quedar a comer y se llevaban muy bien.

Esperé que terminara. No lo hizo hasta pasados casi cinco minutos. Dejó el móvil en la mesilla y me acarició en la entrepierna.

—Pues lo de siempre...

Noté que me lo decía sin demasiada picardía, como algo mecánico. Sé que tuve que explotar en ese momento. Pero me dije que era demasiado simple. Ella se volvió a mí. Había introducido su lengua en mi boca, me acariciaba la polla y las pelotas y tras bajarme el pantalón corto de mi pijama de verano, empezó a chupármela.

Me ganaba en esas situaciones. No podía evitar el sentimiento de morbo, de atracción dolorosa, de estupidez placentera o de total y absurda sumisión.

—¿Y te la ha metido por el culo? —Me escuché y supe que debía recuperar el control de aquello. No podía seguir con esto, aunque me matara de satisfacción y de morbo

Negó sin sacársela, pero apenas emitió gemido alguno. Seguía con su movimiento de arriba abajo, correcto y seguramente concentrada en provocarme placer, pero sin demasiada pasión.

—¿Se ha corrido en tu cara?

Asintió brevemente y siguió con la mamada.

—¿Las dos veces?

—Una... la otra no. —Se había detenido para respirar y lamerme un poco los huevos que ya empezaban a estar hinchados

—¿Dentro?

Asintió y siguió chupándomela. Yo, en ese momento estaba a punto de alcanzar el orgasmo solo de imaginarme la escena con ella totalmente entregada a un sexo feroz y desatado.

La avisé con la esperanza de que se aguantara y dejara que yo me corriera en su cara. Pero no, en el último momento se retiró. Sí, es cierto, que parte de mi disparo de semen la dio un poco en la barbilla y que me sonrió. Pero ni una sola gota cayó cerca de su boca, ni me lamió las que iban saliendo ya más lentamente, una vez finalizada la corrida.

Suspiré.

—Casi me corro en tu boca —disimulé mi molestia que empezaba a sustituir muy rápidamente a la excitación.

Sonrió y me dio un suave beso en mi mejilla. Luego se fue al baño a lavarse y seguidamente, cogió de nuevo el móvil. Yo no me había percatado de que se había encendido en un par de ocasiones mientras me la chupaba.

De nuevo, salió del dormitorio para chatear. Esta vez estaba seguro de que era con él. Y sin

demandar que yo hiciera nada para darle placer. Seguramente, ya iba completamente satisfecha desde por la tarde.

Cuando ella regresó al dormitorio, yo me hice el dormido. Entonces me levanté. Cogí mi móvil y en completo silencio para no despertarla, puse unos mensajes. Pero no obtuve respuesta...

Tenía que terminar con aquello...

Sorprendentemente, las cosas fueron más fáciles de lo esperado, a pesar de no tener respuesta a esos mensajes. Mamen llevaba varios días sin ver a Jorge. Y algunos ya, sin que le respondiera a los mensajes de móvil. Empezó a estar algo preocupada o extrañada. Yo la notaba nerviosa, aunque mantenía la compostura y el tipo. Visto aquello, decidí esperar y observar reacciones y consecuencias. Un par de días más, no cambiaban mi decisión.

Y sí, debo admitir que aquella falta de noticias y de encuentros, me provocó una pequeña sensación de alegría y disminuyó algo la fuerza de esa luz roja que se había encendido en mi interior.

—¿Has hablado con Jorge últimamente? —me preguntó en la cena.

Estaba sorprendida, quizá un poco sombría, pero no la noté molesta o excesivamente intranquila. Bien es cierto que Mamen sabe disimular como mujer que es, pero no podía decir que tuviera una actitud sorprendente o sospechosa que me volviera a alertar.

—No. Hace una semana que no sé nada de él. —No mentía. Tampoco había contactado conmigo por mensaje de texto—. ¿No lo localizas?

—No. Hace tres días que no me contesta a los mensajes. Ni los lee...

—Estará de viaje —argumenté sin tampoco tener una excesiva preocupación.

—No me había comentado nada.

Pasaron otros dos días más y al tercero, recibí una llamada de Jorge. Pero de un número de móvil desconocido. La respuesta de aquel silencio la tuve la tarde siguiente en la terraza de un bar de la Castellana.

—Si no me llegas a mandar el mensaje esa noche... Te lo hubiera puesto yo al día siguiente. Ya no podía continuar.

—¿Estás seguro...? —Yo lo miraba con una disimulada sensación de liberación.

—Sí —me dijo asintiendo lentamente.

—No me lo esperaba...

—Yo te juro que tampoco... Nunca me había pasado colgarme de una... —seguramente le costaba llamar cliente a Mamen, y menos delante de mí.

—Pues... no sé qué decir. No sé si enfadarme o... —En verdad me podía la alegría de que se acabara aquello. Y sin haber tenido que mojarme en exceso.

Él sonrió y bajó la cabeza.

—Bueno... es mejor así. —Sonrió con un punto de pena—. Yo no quiero ni puedo entrar en esa dinámica.

—Ya... —comenté dando por sentado que en su trabajo no se permitía enamorarse, ni siquiera como él decía, colgarse de alguien.

Nos quedamos callados unos segundos. Yo pensaba de forma contradictoria. Por una parte, me reconfortaba y aliviaba que saliera de nuestras vidas. No podía evitar esa sensación de peligro cierta que se encendía en mi cabeza. También sabía que mi excitación y la atracción por verla con un otro, se terminaba.

El comportamiento de Mamen había sido extraño especialmente tras del fin de semana que había pasado en casa, con él, mientras yo estaba en Canarias de viaje de trabajo. Pensé, aunque, a



decir verdad, no del todo convencido, que ella, intuyendo que él había querido poner distancia, estaba preocupada. Las mujeres son extrañas con sus reacciones. Y Mamen, podía pasar de una sonrisa pícaro y de un excelente humor a convertirse en una sátira y dictadora en pocos minutos. No es que fuera una bipolar o tuviera cambios de humor bruscos, es que sencillamente, funcionaba de otra forma. Tenía una especie de código binario. Pero en verdad, era más una pose o un enfado de tintes caprichosos que un verdadero carácter.

Me quise convencer de que era ella la que había estado menos dispuesta a volverlo a ver en estos últimos días. Aunque, por otra parte, no me cuadraba entonces la preocupación que me transmitió porque él no la contactase o le contestara a los mensajes de *Whatsapp*. Pero también podía ser que ella, tras decidir ese ligero alejamiento, se había preocupado por él y por su estado. Las mujeres tienden también a ser enfermeras todo el tiempo, aunque el daño lo hagan ellas.

Fuera como fuese, en verdad no estaba nada seguro y quizás quería creer en vez de analizar cuidadosamente los elementos a mi disposición. Y yo, como buen arquitecto, debería haberlo hecho. Pero lo cierto, al fin y al cabo, era que Jorge salía de nuestras vidas y que todo volvería a ser como al principio.

—Lo siento... —me dijo.

—No se puede mandar en las emociones ...

—Ya... pero se supone que yo debo ser inmune a eso.

—Nos conocemos un poco Andrés... Tú nunca has sido una máquina fría.

Sí, era cierto. Conocía a Andrés, o Jorge para Mamen, desde hacía un tiempo. No es que fuera mi amigo, ni nada por el estilo. Pero lo conocí un año y medio atrás, siendo el responsable comercial de una pequeña empresa de seguridad a la que, finalmente, se llevó por delante la crisis. Habíamos hecho algunos acuerdos para la reforma de varios chalets, donde incluimos los sistemas de alarmas y de detección que su empresa nos ofertó. Él, por entonces, era modelo ocasional, pero me confesó que había empezado a verse con una alta ejecutiva francesa que venía a Madrid cada dos semanas por motivos de trabajo y se había encaprichado de él. Hicimos algo de confianza, más que nada, porque ya empezaba a brotar esa excitación y morbosidad de mi interior, y que me había empujado, finalmente, a llevar de la mano a mi novia a través de ellas.

Pero hay ocasiones en que también existen otros porqués en ese tipo de decisiones. La razón de que se hubiera iniciado en las relaciones con señoras de esa forma, era que Andrés, o Jorge, tenía un hijo con una enfermedad rara y de complicada o casi imposible curación. Su madre, y antigua compañera de Andrés, una modelo italiana con la que estuvo apenas medio año, hacía tiempo que se había alejado de ellos y tan solo veía a su hijo una vez al mes. Para compensar, enviaba dinero con objeto de pagar los cuidados del pobre chaval, no incluidos en la Seguridad Social. Tuvo una buena temporada desfilando para algunas firmas de moda de postín, con lo que mandaba a Jorge, una respetable cantidad. Pero, últimamente, y tras un pequeño escándalo con un empresario milanés, sus trabajos habían decaído bastante. Y, por tanto, los ingresos de Jorge.

Cuando la crisis terminó por quebrar la empresa en la que trabajaba, año y medio después de conocernos, a la empresaria francesa la siguieron otra italiana, una americana y una tercera mujer de Barcelona. Con eso, y el paro, pudo empezar a organizar mejor los cuidados de su hijo.

Un año más tarde, me contactó para ofrecer al estudio algo relacionado también con una empresa de seguridad y paliar los robos de cobre que continuamente nos hacían. En esa época ya tenía siete clientas más o menos fijas y alguna ocasional. Por su carácter y su forma de ser, le pegaba más. Él prefería lo estable y trabajaba por libre, moviéndose discretamente en webs y por el boca a boca.

Por eso, cuando pergeñé la fantasía de los cuernos consentidos por parte de Mamen, no tardé en pensar en Jorge. A ello había que sumar que el estudio acababa de cerrar un importante trato con una hotelera alemana en Canarias y que eso, sin duda, nos hacía salvar ya los dos próximos años, ocurriera lo que ocurriese. Decidí meter aquel gasto camuflado en la empresa.

No me costó dar mucho con él, porque yo tenía un teléfono que me dejó y que resultó ser el de sus padres —con los que estaba el niño en Alicante, de donde era natural—, por si surgía alguna oportunidad de trabajo que encajara con su perfil. El suyo, por razones de trabajo, no lo solía dar. Y si tenía que hacerlo, conseguía uno de prepago. Un día me confesó que tenía cuatro números distintos.

Debo admitir que esa luz roja que se encendió unos días atrás, hoy ya titilaba menos, y también reconozco que me quedé relativamente tranquilo con su marcha. En esos últimos días supe que haber metido a un hombre como él en nuestras vidas, había sido un completo error.

—Te agradezco que me lo cuentes —le dije.

—Era lo menos que podía hacer. Siempre te has portado bien conmigo... —puso cara de resignación melancólica—. Y sería un completo hijo de puta que me entrometiera en vuestra relación. —Se calló unos instantes—. Y gracias por la tapadera de tu amigo.

—¿Lo del caviar? No hay de qué... Si un día buscara de verdad comercial, te lo diría.

Él asintió. Nos volvimos a quedar callados.

—¿Sabe Mamen lo de tu hijo?

—No... por supuesto que no. —Se calló un instante y vi tristeza en su semblante—. Las mujeres tienden a mezclar lástima, cariño y amor por las debilidades humanas. Y un niño con la enfermedad del mío, lo es. Eso, y conociendo un poco a tu novia, la llevaría a acercarse más a mí. Y yo a tener tentaciones de seducirla...

—Tiene todo el sentido —admití.

—He visto a algún colega con adicciones al que una cliente ha querido ayudar, confundiendo al final los papeles, y actuando sin querer como madre, esposa, novia o enfermera. Eso es inviable en este tipo de relaciones. —Negó con la cabeza con una media sonrisa tensa—. En mi profesión, hay que tener la cabeza muy fría.

Volvimos a quedarnos callados. Quizás, ya había poco más que decirnos.

—¿Qué te... debo? —le dije sin poder mirarlo a los ojos. Iba a pagar por seducir y follarse a mi novia, cosa que en ese momento me parecía ridícula y absurda. Unas semanas antes, una fantástica idea.

—Toma. —En un folio, se enumeraban los gastos en los que había incurrido con Mamen, así como el tarifario por horas convenido con él de antemano. No era una factura, más bien una lista de gastos.

Los repasé, no porque no me fiara, sino por mera deformación profesional. Vi las rosas, la comida en *Pencho Cortés*, el hotelito de las afueras y algunas otras cosas que me recordaron de inmediato los detalles que mi novia y yo utilizábamos cuando ella regresaba de estar con él. Sentí lástima por Andrés (Jorge), por mí y por Mamen. De alguna forma, todos habíamos roto varios equilibrios en nuestras vidas.

—¿No está el fin de semana, ni el último día...?

Jorge sonrió con tristeza. Miró hacia otro lado, luego al suelo. Me dio la sensación de que pensaba la respuesta que sin duda iba a darme.

—No estaba trabajando, Nico. —Su tono de voz fue bajo, con un deje vergonzoso y lleno de amargor—. No te puedo cobrar... esos días.

Me callé porque no supe qué decir. Ya conocía la razón, por lo que sobraba cualquier añadido. Sus palabras me picaron la molestia. Pero también sonaron extrañas, de un calado profundo y llenas de su triste realidad. Tosí levemente e intentando romper la incomodidad que se había extendido entre nosotros, le extendí varios cheques, tal y como habíamos convenido. Cuando terminé, los introduje en un sobre blanco y anónimo.

Jorge lo recogió en silencio, se lo guardó en el bolsillo interior de su americana de verano y volvió a dirigir sus pensamientos a un punto indeterminado por encima de mi cabeza. Unos instantes más tarde me miró y puso un gesto en su cara que no quise descifrar. Entendí que ya estaba todo dicho, por lo que me hice el distraído y evité sus ojos y lo que pretendiera con ese gesto. Quizás me perdí algo que quiso decirme, pero pensé que era suficiente con lo hablado. No deseaba exponerme más ni escuchar algo que no quería conocer.

—¿Por qué esa noche? ¿Pasó algo?

—No te entiendo...

—Los mensajes. Era ya tarde... ¿Por qué me los mandaste esa noche?

Yo no sabía si él era consciente de que había estado chateando con Mamen minutos antes de mi mensaje. Ni que yo había visto el proceso de secretismo de ella... Pero tampoco quise añadir más. Me quedé pensativo. ¿Debía decirle que intuía que mi novia se había enganchado también de él? ¿No sería una forma de añadir estopa al fuego? Sonreí aparentando inocencia... Y decidí callarme aquello.

—Nada en especial. La verdad es que tal y como en su día te dije, no pensaba mantener esto más de un mes o dos a lo sumo. Empieza el verano... y bueno, también es una pasta. —Volví a sonreír disimulando lo mejor que pude.

Me miró, pero no dijo nada. No sé si se quedó convencido, pero su gesto no denotaba nada extraño.

—Sabes otra cosa que me extrañó... Que le pidieras vídeos a Mamen. No me lo esperaba. Ni creo que te guste...

Tampoco yo hubiera pensado que finalmente terminara por hacerlo. Y la razón era dolorosamente simple. Quería saber el punto exacto en el que se encontraba Mamen en esta relación que ya, a todas luces, se veía como bastante más que meramente sexual. Pero lo cierto es que, tras verla con el teléfono, mensajeándose con él como una colegiala, el contenido de los videos era menos revelador que aquello. Por extraño que pareciera, esa intimidad de los mensajes me parecía más traición que un sexo desatado. Ni yo mismo me entendía...

No lo pasé bien cuando los recibía, era verdad. Tuve que disimular cuando contestaba a aquellos vídeos. Pero era cierto; verla con la polla de Jorge en la boca no era lo más impactante. Sí en cambio, su mirada, su forma de hacerlo con él, su ansia por tenerlo... Fueron imágenes muy esclarecedoras. Me movió a hacerlo el hecho de que al no estar yo, entendía que ella no tendría freno ninguno y podría comprobar su atracción por Jorge sin tapujos. Como así fue. Con aquellas escenas, ya tenía meridianamente claro que Mamen estaba en una situación claramente diferente a la mía. Y a pesar de ello, recordé que seguía excitándome... Era terriblemente doloroso y absurdo.

—No sé... Fue un momento de locura. —Finalmente contesté evitando ser sincero—. Los hemos borrado. Fue una estupidez... —dije moviendo negativamente la cabeza. —Sí, quizás había sido una completa imbecilidad. Pero me dieron una información que, aunque sospechada, fue necesaria y reveladora.

Sin embargo, también había llegado a la conclusión de que mi falta de sinceridad, podría

también haber llevado a Mamen a hacer cosas impensables. El trío con el que me recibió, quizás no lo hubiera planeado si no la pido que me enviara aquellos vídeos. Yo mismo había contribuido a lacerar mi dolor. Ambos habíamos cometido errores... Sin duda. No sabía dónde empezaba mi culpa y en qué momento Mamen se había desviado del propósito inicial. Quizá ambos estuvimos siempre, desde el principio, en puntos diferentes, me dije.

—Pues me voy... —dijo levantándose al cabo de unos segundos más que estuvimos en un silencio, si no incómodo, sí extraño—. Lo dicho Nico, muchas gracias y te pido disculpas. Nunca fue mi intención. —Me estrechó la mano con fuerza.

Observé como todas las integrantes del grupo de chicas que tomaban a nuestro lado unos *gin-tonics*, ese atardecer, se giraron al mismo tiempo para observar a Jorge. Sin disimulo alguno, lo escrutaron con amplias sonrisas y algún comentario por lo bajo. Divertidas y procaces contemplaron a aquel hombre de estética llamativa y varonil.

En otro momento me hubiera hecho gracia que lo escanearan con tan poca sutileza, pero me recordaron a mi novia y no pude evitar un latigazo de celos y preocupación. Tenían su misma edad y apariencia.

—Te vamos a echar de menos... —dije con una sonrisa que me salió espontánea, casi sincera y en el fondo, también un poco apenada. No podía negar que una pequeña y escondida parte de mí, se resistía a que saliera de nuestras vidas.

Me miró estirando ligeramente sus labios, en un gesto que me pareció algo forzado. Se quedó quieto, observándome. Estaba incómodo, como si necesitara desahogarse.

—No sigáis con esto. No merece la pena... —me dijo de pronto—. Podéis quemaros... -- añadió bajando un poco la voz.

No le contesté. Permanecí mudo, concentrado en esas palabras que me taladraron el cerebro. ¿Por qué me lo decía? No me atreví a preguntar, de la misma forma que tampoco tuve los suficientes redaños como para detener todo aquello con la primera vez que me sentí molesto. En aquella ocasión me pudo el morbo y las palabras de Mamen. Hoy, algo parecido a una necesidad de ignorancia. Posiblemente, mi subconsciente no quería saber nada más...

—Cuida a Mamen. Es una mujer espectacular... No te olvides de que eres un hombre muy afortunado al tenerla. Y ella de tenerte a ti... —añadió a modo de despedida—. No te olvides de cuidarte tú también. —Se volvió a quedar mirándome fijamente, con un halo de fatalismo. Durante un segundo desvió sus ojos al suelo, como si pensara algo más que decir. Los elevó y me habló despacio—. Recuperad la normalidad en vuestras vidas. Esto, es peligroso...

Fijó sus pupilas un segundo más en mí, quizá esperando una respuesta. Pero no se la di. Ambos asentimos, esbozamos una tímida sonrisa y giramos en sentido contrario.

Andrés

El sol se iba poniendo con mucha lentitud. Era más de las nueve y media y aún brillaba. Andrés vio a Nico irse. Sonrió con un punto de tristeza. Sí, era cierto que Mamen era muy atractiva y atrayente. Una mujer guapa, con estilo, elegante, muy sensual y ese punto de travesura malévolamente tan tentador y estimulante. No mentía cuando pensaba que era una mujer espectacular, y por la que, en otras circunstancias, podría llegar a sentirse atraído. Pero no, no lo estaba. En verdad, nunca lo había estado. Pero había tenido que engañar a Nico. Sintió que no le quedaba otra alternativa.

Se giró de nuevo viendo como Nico se alejaba, y caminaba en dirección a su coche. Pensó en él, un buen tipo con una pequeña perversión, en principio inocente y sin mayores problemas, pero que había terminado por agrandarse de forma peligrosa. Sin quererlo, o sin ser consciente del riesgo que aquello suponía, había cruzado una temeraria línea sin reflexionar y valorar las

consecuencias que podían traerle a él. Y a Mamen. Y por su experiencia, ninguno valía para permanecer en este juego. Algo sabía de esto y conocía las características necesarias para afrontar esos roles de mujer que follaba y marido consentidor. Ninguno los poseía; muy pocos, en verdad, tenían aquello. Él, Nico, a pesar del paso que había dado, era inseguro y conservaba miedos. Ella, inocente a pesar de su sensualidad innata, e impulsiva, caprichosa y provocadora, pero sin llegar a ese estado de seguridad, inhibición y carisma que se necesitaba para jugar en esa liga. Los dos eran demasiado buenos, inconscientes e ignorantes de lo que habían iniciado. Si continuaban con aquel juego tan arriesgado, se quemarían. Sin duda.

No pudo evitar volver a leer las pantallas de *WhatsApp* de los últimos mensajes que ella le había enviado en los últimos días, tras ese fin de semana en el que él empezó a intuir lo que no podía suceder. En uno de ellos, y tras mantener con él algunos mucho más tiernos de los habituales, la frase de «sé que te estoy empezando a querer», volvió a clavarse en sus ojos recordando a esa Mamen tierna y atractiva. Su pecho, como el domingo cuando llegó a su casa, sintió nuevamente la misma dolorosa y punzante aflicción. Ahí fue, en ese preciso momento, cuando sintió el vértigo que le alertó del cercano riesgo que acechaba. Él, por suerte, sabía jugar a esto. No era la primera vez...

El martes siguiente, después de dejar a Mamen en las cercanías de su casa, decidió dar de baja aquel número de teléfono móvil y romper definitivamente el vínculo que empezaba a unirlos con demasiada y peligrosa cercanía. Allí, ese anochecer, en su coche, y mientras ella le besaba con una ternura infinita y un brillo especial en su mirada, volvió a decir una frase altamente peligrosa: «Creo que te quiero un poco...». Aquel vértigo que le avisaba como una bocina de un barco, lo invadió de nuevo.

Andrés llegó a su coche. Fue a introducir la llave, pero antes se giró para mirar nuevamente la espalda de Nico que se alejaba despacio con las manos en los bolsillos. Deseó, sinceramente, que nunca se enterara ni de aquellas palabras, ni de los últimos mensajes que Mamen había dicho y escrito.

Pensó de nuevo en ellos, en que, si no detenían aquello, saldrían mal parados. Lo intuía. O directamente, lo sabía. No serían los primeros que pensarán que aquel juego tan tentador era inofensivo y que se podía entrar o salir con facilidad.

La imagen de su hijo se apareció en sus pensamientos, y sus ojos se encharcaron. Todo lo hacía por él, para mitigar su enfermedad, que irremediablemente, se lo llevaría en pocos años. No había solución, por desgracia. Y de nuevo deseó que, a él, un modelo sin futuro, un licenciado en Educación Física sin apenas posibilidades, también le gustaría tener otra vida. Una vida muy distinta, una vida sin frialdades, sin tarifas ni horarios. Una vida normal, como la que hasta hacía poco habían tenido Mamen y Nico.

No pudo evitar recordar a sus padres, volcados en los cuidados de su hijo enfermo, que desconocían totalmente la verdadera fuente de sus ingresos, y deseó que la vida no fuera así de complicada. Ni tan cruel.

Subió al coche, cerró la puerta, apoyó las manos en el volante con la imagen de Mamen y Nico aún en su cabeza, y encendió el motor.

En media hora tenía una cena a la que no le apetecía nada acudir.

Mamen

Lloré cuando me lo dijo Nico. No lo hice delante de él, por supuesto. Ahí mantuve la compostura. Pero busqué un momento, después del té y aprovechando que mi novio se quedó viendo la televisión en el salón. Seguía una serie de *nordic noir* que a mí se me hacía demasiado

complicada. No entendía que aquellos detectives y policías tuvieran más problemas personales y psicológicos que los asesinos en serie a los que perseguían.

Subí a la terraza y fui al mismo lugar donde vi apoyado a Jorge aquella noche. Allí me solté y no lo pude ni quise evitar; lloré con una mezcla de melancolía y de ternura. Lo hice en silencio, dejando que las lágrimas recorrieran lentas y solitarias mis mejillas. No fue un llanto estrepitoso, ni de rabia contenida. Era de pena sentir que, de alguna forma, Jorge se escapaba de entre mis dedos cuando empezaba a sentirlo mío. De algo parecido a la injusticia. Recordé, con un añadido de tristeza, cuando ese fin de semana, allí en la terraza, a oscuras, le pregunté:

—¿Te tengo a ti? —Aquellas palabras ahora sonaban en mis recuerdos más intensas e intencionadas. Posiblemente las lágrimas las acentuaban en ese sentido. O no, y en verdad eran reales en toda su contundencia.

Y me vino a la mente aquellos ojos tan azules que en ese instante me habían mirado con un punto desconocido de melancolía y fatalismo. Entonces no entendí el por qué, pero Nico me lo había explicado hoy. Temía enamorarse de mí... Deseé tenerlo ahora mismo en mis brazos, abrazarlo con todo mi cariño, besarlo...

Bebí un sorbo del *gin-tonic* que me había preparado, con dos fresas abiertas y ligeramente apretadas que hacía que soltaran su jugo poco a poco y le diera un sabor más frutal al amargor de la tónica. Dos nuevas lágrimas salieron rápidas y furtivas de mis ojos. Me las sequé y sonreí con tristeza. Jorge se había ido por miedo a que le pasara lo que a mí me estaba empezando a suceder. Me embargaba una pena difusa y complicada, una desazón con extraños perfiles y límites. Cerré los ojos y suspiré. Por supuesto que Nico no sabía nada y nunca lo iba a saber. Sería mi secreto, mi forma de recordar a Jorge. A pesar de ser alguien que trabajaba para satisfacer a las mujeres, había empezado a resquebrajar mi corazón. Y yo el suyo.

Sonreí con una considerable y amarga tristeza al pensar, que, al menos, él también había sentido algo por mí. Y me hice la extraña, boba y paradójica idea de que, en el fondo, no había estado conmigo por trabajo. Aunque sabía de lo absurdo e irracional de aquella sensación, me sentía en parte reconfortada.

En cuanto a lo mío, afortunadamente, sabía que era capaz de dominarlo y que el enganche con él, tan solo había comenzado. Quizá, el hecho de que la indudable y vertiginosa atracción que sentía por Jorge, estaba basada en una conexión sexual dulcemente salvaje, lo facilitaba.

Tenía un novio excelente, un hombre que me quería, respetaba y adoraba. Un hombre que merecía la pena. No podía perder eso por un sentimiento que tan solo empezaba a despuntar, aunque fuese con fuerza y vigor.

Miré hacia las luces de Madrid, como en aquella madrugada del fin de semana que estuvimos solos Jorge y yo. Elevé mi copa y volví a tomar otro ligero sorbo.

Me pregunté qué hubiera pasado si me llega a decir aquella noche, lo mismo que yo días más tarde en su coche: «estoy empezando a quererte». Preferí no seguir con esa reflexión. Porque me asustaba que hubiera una respuesta... Y que no me gustara, o que sí lo hiciera. Ambas opciones eran igualmente peligrosas.

Entonces, y con esa inseguridad como referencia, tomé una decisión. Me dije que mi vida, ni podía, ni debía continuar por aquella senda de excitación y lujuria que me empujaba, poco a poco y sin remedio, a un abismo demasiado fascinante y seductor.

Pensé en Jorge, en mí y en Nico. Se me escaparon dos nuevas lágrimas. Me las sequé antes de que terminaran de resbalar por mis mejillas, respiré hondo y volví a entrar en mi casa. Jorge, pasaba al baúl de los recuerdos agridulces. Y lo cerré con llave.